

Editorial

Tras el número de *Amores*, 23 presentaciones, una reedición, múltiples compartires con diferentes colectivos, grupos, personas y con nosotras mismas, sorpresa y satisfacción por la acogida...

Otro tema. Casi dos incorporaciones al equipo de redacción. De nuevo alrededor de 30 personas participando en textos, ilustraciones, fotografías, maquetación y correcciones, acompañándonos en el proceso. Reuniones o intentos de reunión pseudo-virtuales –sí, estamos en Buenos Aires, Córdoba (Argentina), Graná, Uviéu, Valladolid... y, desde ya, en Bilbo también, y aún así algunas logramos encontrarnos físicamente de vez en cuando–. Algún que otro conflicto cerrado, otros abiertos, alguno también en equilibrio estable. Mucha conversación, mucho preguntar por cómo estamos y desearnos buen día o buena semana, reír también, mandarnos besos, abrazos y ánimos, celebrar los acontecimientos felices y acompañarnos en los dolorosos. Lecturas, lecturas para pensar, lecturas para saber, decidir, recortar, proponer, cambiar, sugerir, compartir, aprender. Escrituras también, casi con los mismos propósitos...

Tras todo esto, decíamos, aquí estamos de nuevo para presentaros este número: *Transgresiones*. Tras todo esto y gracias a todo esto. Y gracias también a la incomodidad... Incomodidad, de esa que modifica, por suerte; porque algunas de las colaboraciones y textos propios nos han removido y nos han hecho replantearnos ideas preconcebidas, generando entre nosotras y con lxs autorxs debates y largos correos, aprendizajes, desorientaciones y nuevos interrogantes.

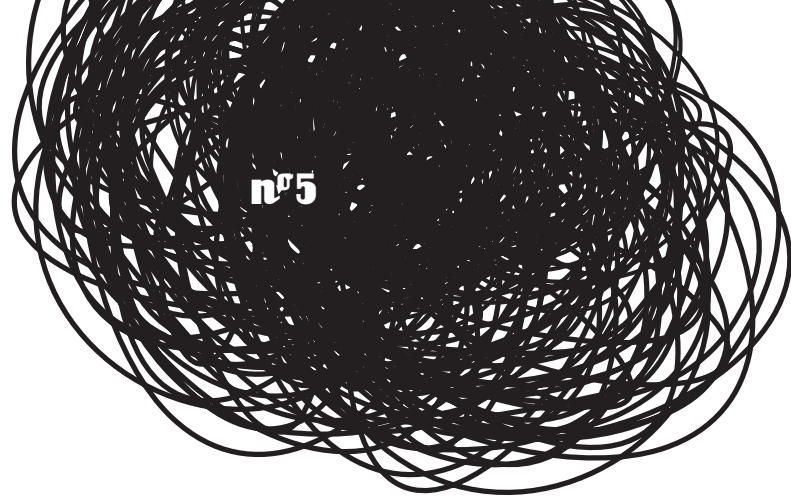
Tocaba elegir un tema de los «no habituales», de esos en los que básicamente aprovechamos para hablar de lo que nos da la gana. Y elegimos eso del transgredir, sabedoras de que es algo transversal en el feminismo. Y no sólo porque éste trate de romper con los mandatos (hetero)patriarcales, sino porque ha convertido la transgresión en una herramienta política y una forma de pensar-aprender-actuar, llegando a cuestionar hasta el propio sujeto político del feminismo.

Nos preguntamos por las transgresiones en lo personal, en lo relacional y afectivo, en lo social, en lo político, e incluso dentro de los propios feminismos. Es relativamente sencillo identificar transgresiones en lo extraordinario, en lo excéntrico; pero queríamos rescatar también la ruptura de las normas en la cotidianidad, en lo aparentemente anodino. Veréis que hacemos un reconocimiento especial a las genealogías –anónimas y conocidas, individuales y colectivas–. Un agradecimiento a las mujeres, a las luchas, alianzas y debates feministas que nos han legado quienes nos precedieron, porque, como dice Adrienne Rich, cada una de nosotras ha pensado en relación a un pasado. Aparecen, ¡cómo no!, las brujas. Pero también debates en relación con la gordura, el lesbianismo, las migraciones, el puterío... Indagamos, además, las posibilidades transgresoras en y a través de la música, la fotografía, la literatura, el lenguaje... Y seguimos dando vueltas a temas que nos preocupan: las relaciones amorosas, las maternidades y las masculinidades.

Y, claro, varios artículos andan a vueltas con las normas, los límites, el conflicto entre aceptar, seguir los mandatos o transgredirlos. Algunas fronteras son de ida y vuelta; otras suponen la diferencia entre la vida y la muerte; en muchas, la posibilidad de cruzarlas y sus consecuencias dependen de quién, cómo, cuándo y desde dónde; y todas las decisiones transforman: para mejor, para peor, para lo desconocido...

El cuestionamiento asusta, pues amenaza con cambiar el orden de las cosas. Las transgresiones silenciosas incomodan, aunque, a veces, son asimiladas por el poder dominante. Sin embargo, son necesarias muchas transgresiones anónimas para que el cuestionamiento social estalle en las camas, en las casas, en las calles y en las plazas.

la ma de ja



Y tú, ¿qué opinas? 4

6 Veintiocho

El transfeminismo y sus transgresiones 8

11 Ni un gen ni medio cm³ de sangre compartidos

Ahora pisamos fuerte 13

16 ¿El capital o la vida?

Reflexiones feministas en torno a la economía

Ser o no ser hombre. 19

**Diálogo con el artículo «Jese con las amigas»,
de Nicolás Cuello**

22 Alter-acciones corporales

Irritabilidad. Puñeta. Mariposa 24



cambalache feminismo

Edita | cambalache

Esta revista es un proyecto autogestionado que se sostiene a través de su venta. Por ello, te animamos a comprarla, difundirla y distribuirla.

Se trata de una aventura colectiva en construcción, abierta a aquellas personas interesadas en participar en ella. Puedes pasarte por el local de la asociación, escribirnos o llamarnos para contarnos tus propuestas. Más información en:

C/ Martínez Vigil 30, bajo.

33010 – Oviedo

Tfno.: 985 202292

www.localcambalache.org

lamadeja@localcambalache.org

Equipo de redacción: Beatriz Esteban Agustí, Lorena Fioretti, Ana García Fernández, Celia García López, Laura Gutiérrez, Inés Herrero Riesgo e Irene S. Choya.

Diseño y maquetación: Amelia Celaya.

Imprenta: La Cooperativa.

Colaboraciones: Astrid Agenjo Calderón, Isabel Alba, Nagua Alba, Santiago Alba Rico, Susana Albarrán Méndez, Martha Asunción Alonso, Jorge Blas Turienzo, Delfina Cabrera, Paola Calabretta, Amelia Celaya, Nicolás Cuello, David Díaz Aguado, Sara Fernández, Estefanía García, Mario García-Muñoz Blas, Ramón García-Muñoz López, Saioa Gauilunak, Emma González, Juan J. González Corredera, isabel holgado fernández, Ana Ibáñez Díez, Ilustraciones de Bellón, Leire López Ziluaga, Luna de mayo, Eva Martínez, Natalia Roca, Eduardo Romero, Marcos Salas, Miriam Solá.

D.L.: AS-3139-2010 | ISSN: 2171-9160

**26 Cuerpo, nación y (de)construcción de las
memorias. Aperturas a través
del Muser Travesti del Perú**

Un álbum de familia: brujas, todas brujas 29

32 Rastros de ida y vuelta

Quiero ser normal a veces 34

**36 Sobre la ficcionalidad de una frontera:
geografías desmesuradas de la carne**

Saberes puteriles y transgresión femenina 39

42 La polilla, la cucaracha y la mosca

Sirena 44

46 No somos amigas, nos comemos el coño

¿Se buscan mujeres activistas? 48

**51 «Hay que ser transgresora para
tener vida propia»**

Tomar (también) el público 54

57 Prometer generalizado o la transgresión inútil

**Más allá de antagonismos: 59
sabotear el comienzo de la maternidad
feminista**

**62 Somos las hijas de todas las brujas que nunca
pudisteis quemar...**

Lo normal es divertirse 64

Todas nuestras publicaciones están editadas bajo **licencia copyleft**; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

Frente a cánones e impuestos, creemos que el interés de la edición es difundir contenidos, servir de herramienta educativa y generar debate; por eso todas nuestras publicaciones se pueden descargar gratuitamente en **www.localcambalache.org**.



Hemos pedido a diferentes personas que opinaran acerca del tema de este número a través de la pregunta: ¿Cuáles son tus miedos, entendidos como normas, leyes o costumbres que no te atreves a romper?

S. Trejo

Dice Jan Švankmajer que las leyes internas de cada persona son las únicas que rigen incluso cuando dormimos; de ahí que ni en los sueños estemos libres de cierta represión, una represión por la que nos perseguimos nosotros mismos. Puedo reconocer que he infringido unas cuantas leyes de esas, pero creo que son muchas más las que no he podido afrontar. Quizás esto explique por qué hace tanto tiempo que no recuerdo lo que sueño.

Clara,
27 años

A veces da vértigo deshacerse de las pautas aprendidas y volver a empezar, luchar. Encontrar formas de vivir más humanas sin morir por el camino. Trabajo asalariado (¡y siéntete afortunada!), centros comerciales, almidón modificado, relaciones superficiales, primera línea de playa, sin pecado concebida, ingles y axilas depiladas por un módico precio, vigilancia las 24 horas y perro peligroso. Intentar vivir al margen da miedo pero, al final, era en los márgenes de los cuadernos donde garabateaba libre y alejada de las doctrinas dictadas.

Belén

Cuesta poner en duda las certezas que construimos con tanto trabajito. ¿Cómo se rompe lo que me ha sostenido a fuerza de creencias impuestas, lo que ya está fragmentado? Transgredir... y el miedo a los trocitos de ese espejo que ya no devuelve una mirada aprobatoria, a perder las coordenadas, desobedecer sin culpa, vivir a la contra, la pérdida por no cumplir expectativas, el temor a no saber sostener alas propias. Dice Gloria Anzaldúa: «No basta con abrirte una sola vez. De nuevo debes hundirte los dedos en el ombligo, con las dos manos desgarrarte, pero ya tienes agallas creciéndote en los senos». Parirse a una misma duele, pero no conozco otra forma de libertad.

Alma
María,
colectivo
Elefante
Rosa

Al expresarme, me salen cosas sin querer, como un taco delante de mi sobrina o un compás con la boca cuando el flamenco. Algunas llegan de la memoria del cuerpo y otras de la inocencia.

La provocación viene después y sin querer. Para provocar hace falta que la acción se comparta y, para mí, suele ser algo que se me escapa. Creo que en este espacio ¿transicional? es donde sucede la transgresión.

Pongo ejemplos. Tengo ganas de ponerme zapatos de tacón y minifalda, pero no de depilarme: lo hago. Creo que en mi proceso va a ir bien alojar un huevo de obsidiana en mi vagina: lo hago. En mis *performances* materializo imágenes con lo mejor que pueda plasmarlas: un corazón de vaca, exprimir naranjas en las tetas. Lo hago.

La transgresión es accidental y sólo me doy cuenta de que va a suceder cuando me imagino contándoles a mis compañeras de curro lo que voy a hacer.

Mi miedo es este absurdo habitar la ciudad con sus miedos, caminar con la vista clavada en el suelo evitando un cruce de miradas que nos obligue a saludarnos. Es la terrible costumbre de sentarme en un banco vacío o lejos de otras personas.

Entrar en los bares y no mirar con franqueza a quien me atiende para que no piense que me enamoré de él o que soy un perturbado por pedir un café y preguntar cómo fue el día.

Es de buena educación no hablar si no te preguntan. No hablar con extraños, no perturbar la paz de los mortales con saludos inoportunos, con sonrisas no autorizadas.

Se impone el cumplimiento de la implacable ley del asfalto.

Mi norma autoimpuesta más inquebrantable es no molestar a cualquiera que pase por mi vida. De refilón también. Seguro que encierra un gran miedo al rechazo, pero hace que sea yo quien pasa de refilón por sus vidas.

Mis vecinos dicen que nunca saben si estoy en casa; los imagino en un programa matutino diciendo que no les extrañó el silencio y que menudo disgusto que me hayan encontrado en la bañera después de tres meses.

A veces, esperando hacerme el interesante, consigo llegar dos o tres minutos tarde a una cita: así no soy el que espera mirando a la puerta como si fuera a ver una aparición mariana recién salida del humo de *Lluvia de estrellas*. Sin embargo, me llega entonces un *whatsapp*: «Llego 20 minutos tarde (emoticono de la folclórica)».

Mis miedos se inspiran en que existan esas normas, leyes y costumbres que condicionan en algún momento mi vida y no me dejan actuar con libertad, pues no me creo con fuerza suficiente para saltármelas y, además, no creo que pudiera pues, queramos o no, son las que gobiernan nuestras vidas.

No es el miedo a quebrantar en sí, sino a explicar y justificar. Miedo, me da miedo la misma palabra. Me preocupa lo que tengo que deconstruir y desaprender para ser quien quiero ser y quien creo ser.

Tengo miedo a perder a personas por querer otra rutina y otra realidad. Acudir una y otra vez al manual donde dice que las personas que no entienden tu proceso no merecen estar en tu día a día, pero aun así cuesta decir «no te quiero en mi vida».

Si quieres darnos tu opinión sobre este tema o proponer otro para el próximo número, puedes escribirnos al siguiente correo electrónico:

lamadeja@localcambalache.org

Alberto,
antropólogo,
filósofo y
montaño

Julio,
antigua y
barbuda,
35 años

Tere,
70 años

Carmen,
28 años

Veintiocho

Martha Asunción Alonso

Con veintiocho años, Marie Sklodowska descubrió los rayos X.

Con veintiocho años, Carmen Martín Gaité escribió *Un día de libertad*.

Con veintiocho años, Benazir Bhutto estuvo encarcelada en el desierto pakistaní.

Con veintiocho años, María Zambrano ocupaba desde hacía uno la Cátedra de Metafísica de la Universidad Central.

Con veintiocho años, Alice Guy rodó la película *Sage-femme de première classe*.

Con veintiocho años, Concha Méndez presentó su primer poemario, *Inquietudes*.

Con veintiocho años, Lotte Reiniger fue la primera en utilizar la cámara multi-planos.

Con veintiocho años, Maruja Mallo se paseaba sin sombrero por el mundo.

Con veintiocho años, Barbara McClintock realizó grandes descubrimientos sobre la triploidía de los cromosomas de maíz.

Con veintiocho años, Laura Casielles publicó *Las señales que hacemos en los mapas*.

Con veintiocho años, Amelia Earhart tomó la decisión de cruzar volando, sola, el Atlántico.

Con veintiocho años, María Castejón Ortiz, la madre que parió a mi madre, ya era madre.

Su hija me parió a los veintiocho. Me cuenta, sonriendo, cómo supo al parirme que me estaba marchando.

Llega mi turno: cumplo veintiocho.

No soy madre.

Sobrevolé el Atlántico, sola, muchas veces. Tengo en mi habitación un mapamundi con chinchetas de colores para marcar las ciudades donde he sido feliz, donde he sido infeliz, donde me dejo amigos y museos para volver un día.

Nunca como maíz transgénico.

Me pongo, cuando me viene en gana, boinas francesas, gorras de béisbol, sombreros Panamá, bombines, tocados charros o fedoras. Me los pongo y me los quito ante quien quiero.

Veo películas de dibujos animados.

Escribo poesía como si me quitara ante mí misma un sombrero de copa.

Asistí a clases de metafísica y de cine y de diacronía del francés y de microbiología y de zumba y de Franco Battiato en la Universidad.

Me han hecho radiografías de todos los huesos, el corazón, el cerebro. Y de mis libros. Pienso viajar al Sahara muy pronto.

No conozco la cárcel.

Cumplo hoy mis veintiocho como cuando mi madre, con veintiocho años, me parió.

Libre.

Gigante.

Agradecida.

Y libre.

Vengo a decir que el mérito, como estos veintiocho con mi voz y mi cuerpo y mi amor sin barrotes bajo el cielo, no es apenas

mío.



Nosotras creemos que el movimiento feminista se está muriendo [...].
Apostaríamos por crear puentes con otros colectivos y movimientos:
mujeres feministas no organizadas en el movimiento feminista dominante,
transexuales, lesbianas no feministas, *queer*, gays, etc. [...] Y por qué
no empezamos a nombrar este discurso y prácticas propias dentro del
feminismo, ¿quizá nombrándolo transfeminismo?
Grup de Lesbianes Feministes
de Barcelona, «*El vestido nuevo de la emperatriz*»¹.

El trans- feminis- mo y sus transgre- siones

Miriam Solá

presentes [...] y estaremos negando a todas las feministas autónomas, obreras, radicales, putas, gitanas, bolleras que operaban en dicho movimiento»². Forma ésta de entender el transfeminismo más como superación del feminismo que como transgresión. Y más cercana a los neomachismos –que niegan la vigencia del feminismo– que a las actuales corrientes que, reconociéndose en una genealogía subversiva, activan y reactivan nuevas y viejas formas de lucha. De ahí la necesidad de documentar los discursos y prácticas que se han generado en torno a los nuevos feminismos o feminismos *queer*. Desde los movimientos autónomos, con frecuencia, nos falta documentar los procesos y debates. Así que, muchas veces, terminamos invisibilizando ciertos saberes o repitiendo ciertos tópicos una y otra vez.

Los 90' fueron años duros para los feminismos autónomos. Después de décadas de movilizaciones (divorcio, anticonceptivos, aborto, etc.), las políticas de igualdad comienzan a instaurarse y se va creando un cierto espejismo de igualdad. Muchos efectivos feministas se ven absorbidos por la política institucional, de ONG o de partidos. Son años también de nuevas formas de feminismo vinculadas a movimientos sociales como el okupa y antiglobalización. Desde los grupos de jóvenes

Pensar en el transfeminismo como transgresión nos lleva a entender la historia del feminismo como una continua autocritica que alimenta la praxis política y el cuestionamiento acerca de sus bordes. A menudo se señala que, en los inicios del feminismo contemporáneo, el sujeto político eran las mujeres. Pero, ¿a qué mujeres nos estamos refiriendo? Si con esta afirmación nos referimos a las mujeres blancas, heteros y burguesas, como señala mi querida Itziar Ziga: «arrollaremos a nuestras hermanas pasadas y

³ En 1993 aparece el término *queer* en el número tres de la revista *De un plumazo*, del colectivo La Radical Gay. Un año después LSD lo usa en su fanzine *Non Grata*. El papel del colectivo de lesbianas feministas LSD será fundamental en la difusión de los discursos y prácticas *queer* en el activismo del contexto estatal. A través de sus fanzines y debates introducen a autoras como Judith Butler, Teresa de Lauretis o Donna Haraway, entre otras, ajenas no sólo para militantes y activistas sino para el propio pensamiento feminista que se produce desde dentro de nuestras fronteras.

⁴ Los grupos de autoconocimiento, la reivindicación del placer sexual, los anticonceptivos y el aborto, la creación de centros de planificación, etc. comienzan ya a finales de los años 60'.

⁵ TRUJILLO, Gracia (2008), *Deseo y resistencia. Treinta años de movilización lesbiana en el Estado Español*, Madrid, Egales.

se empieza a dar más importancia a temas como la precariedad laboral, la vivienda, la identidad de género, la disidencia sexual. Demandas todas que actualizan y repiensan las viejas reivindicaciones del feminismo, pero que parecen encontrar ciertas resistencias. Lo *queer* también empieza a nombrarse en algunos lugares de forma aún muy incipiente³ y aparecen las primeras traducciones de la disidencia sexual estadounidense.

Cualquiera que se aproxime a la historia del feminismo de nuestro contexto sabe que el ámbito de la sexualidad siempre ha sido una preocupación feminista⁴. En el caso del lesbianismo, muchos colectivos nacieron al calor del movimiento y las lesbianas han formado parte activa de muchas organizaciones feministas desde sus inicios. Sin embargo, durante toda la década de los 90', se hacen evidentes ciertas problemáticas del feminismo lesbiano con el hetero. El feminismo se había centrado en denunciar una serie de aspectos que estaban relacionados con la sexualidad. Sí, pero, sobre todo, con las relaciones heterosexuales. Las cuestiones referentes a las lesbianas quedaban en un segundo plano. A pesar de estas relaciones problemáticas, bolleras y heteras feministas se «entendieron», formaron parte de las mismas organizaciones y fueron capaces de articular demandas comunes⁵.

También desde finales de los 80' reconocemos la existencia de un activismo transexual que entra a dialogar intensamente con el movimiento feminista en torno a temas como la naturalización de género, la prostitución o los derechos trans. Y a partir de los años 90', después de las Jornadas Feministas Estatales de Madrid, muchas mujeres transexuales están presentes en la organización

¹ En VV.AA. (2001), *Feminismo.es... y será. Jornadas Feministas de Córdoba*, Servicio de publicaciones Universidad de Córdoba.

² ZIGA, Itziar, «¿El corto verano del transfeminismo?». En SOLÁ, Miriam y URKO, Elena (comp.) (2013), *Transfeminismos. Epistemes, ficciones y flujos*, Tafalla, Txalaparta, p. 83.

⁶ RAMOS, Juana, «En busca de una esencia perdida: las identidades desde una perspectiva trans». En VVAA. (2010), *Granada, treinta años después. Aquí y ahora*, Madrid, Coordinadora Estatal de Organizaciones Feministas, p. 41.

⁷ En <https://www.diagonalperiodico.net>

En este terreno comienza a gestarse la idea de una alianza transfeminista, que cristaliza en las Jornadas Feministas de Granada de 2009. Tras un trabajo previo en red en torno a la patologización de las identidades trans y a cuestiones como el postporno o el binarismo sexual y de género, se fragua un mapa de activistas y colectivos que se autodenominan *transfeministas* y hacen política desde ahí. Un conjunto de microgrupos que desarrollan alianzas estratégicas sin la necesidad de establecerse en base a una identidad cerrada.

El prefijo «trans» nos habla de una alianza. Es un término que quiere situar al feminismo como un conjunto de prácticas y teorías en movimiento que dan cuenta de una pluralidad de opresiones y situaciones. Se trata de evidenciar la necesidad de una resistencia conjunta trans-marica-bollo, más allá del género y de la sexualidad, pues también toca cuestiones como la corporalidad, la raza, la clase, las capacidades, la enfermedad, etc. En este sentido, demandas como las de las trabajadoras del sexo, bollerías, personas migrantes, gordas, tullidas, precarias o trans se encuentran en el transfeminismo para trabajar en torno a reivindicaciones comunes sin obviar sus especificidades.

Se ha cortocircuitado ese sujeto mujer unívoco y esencialista, se ha desvelado su exterior constitutivo y en el horizonte se dibuja una política de alianzas más que de identidades. Pero, como señalan Amaia Pérez Orozco y Silvia L. Gil en «Transfeminismo: ¿Sujetos o vida en común?», el reto no está en «construir ristras de sujetos» atravesados por la precariedad y manifiestos con infinitas apostillas. Tampoco «en hacer un mero sumatorio de reivindicaciones –transfeministas + anticapitalistas + antirracistas–, sino en reconstruir el espacio común, (...) desde la discusión de qué tienen que ver nuestras realidades precarias y qué conflictos hay, porque las precariedades ni son iguales ni son igualmente intensas»⁷. 🌀

del 8 de Marzo y, si bien no fue de igual manera en distintas ciudades, comienzan a formar parte de algunos sectores del movimiento feminista⁶.

En este terreno comienza a gestarse la idea

Y a pesar de ello, hay cuidados, reconocimiento, compromiso, afecto, reciprocidad, amor... Elegidos, sin promesas ni obligaciones de eternidad... Es lo que tiene la amistad, las indefinibles amistades.

Ni un gen ni medio cm³ de sangre compartidos

Ana García Fernández

No es casualidad que empezara leyendo sobre *el amor* para pensar este texto. Algunas amistades –poquitas– son o han sido amores para mí. ¡Ojo! No estoy diciendo que fulanita/o, mi pareja, sea además mi mejor amiga/o. Digo que experimento un profundo amor por algunas personas cuya etiqueta relacional principal es la de amiga/o. Amor en el sentido que expresa Mari Luz Esteban¹: «forma de

interacción y vinculación que comporta la *idealización* y *erotización* del otro y el deseo de *intimidad* y de *durabilidad* de la relación». Dice, también, que el grado de presencia de estos cuatro elementos varía de unos amores a otros. Hasta hace poco no conocía esta definición y la he echado de menos a menudo, entre gente empeñada en dicotomizar las preguntas –pero, ¿hay sexo o no?–, en asegurar la presencia de un sexo estrecho para validar el amor, cuando llevamos décadas luchando por disociar y complejizar estos dos conceptos.

Estos amores tienen sus ventajas riesgosas. Nadie cuestiona que puedas tener varios a la vez, aunque en ocasiones haya que lidiar con los celos de unas/os y otras/os. Además, como a los ojos de casi todo el mundo son invisibles como amores, gozan de la libertad de enjuiciamiento que se da a las relaciones de amistad.

No obstante, donde hay amor, también puede haber desamor. Pareciera que en la amistad no hubiera normas definidas; entonces no habría lugar para la transgresión en la relación. Sin embargo, a veces aparece el desencuentro, surgen los malestares y no hay palabras. Desencuentro y emociones incómodas porque algo no cuadra con lo esperado, con las expectativas, con los acuerdos implícitos. No hay palabras porque en una relación en la que *a priori* se da por supuesta la libertad, el aceptar a cada una/o como es, como se presenta, no se ha hablado de cuáles son los límites, las fronteras que pueden hacer tambalear el vínculo. Pero las hay. Quizás estén más lejos que en otras relaciones y sin embargo, cuando se llega a ellas, son tan inflexibles como cualquier otra línea roja.

Invadida por el dolor, la ira, la tristeza, el enfado... emociones de a una o combinadas. Estupefacta, porque no comprendes. A veces, sólo años después defines el límite traspasado, te explicas lo sucedido, por qué la relación saltó por los aires... Encuentras las palabras. Y te las guardas. Demasiado tarde para compartirlas. O no. En ocasiones aún hay tiempo, disposición, tanteo, un seguir estando después de un *irse y dejar ir*. Recuerdas el malestar y de vez en cuando puede asaltarte por sorpresa alguno de aquellos sentires... pero también los puedes mirar de frente, ya no son tú. Además, para entonces ya tienes las

¹ ESTEBAN, Mari Luz (2011), *Crítica del pensamiento amoroso*, Barcelona, Bellaterra, p. 42. Las cursivas son mías.

palabras. Quizás se puedan usar para compartir la explicación a lo roto. No habrá remiendo. Se pueden utilizar los jirones para moldear otra manera de encontrarse, como el barro húmedo, escurridiza, con posibilidad de cambio, de descubrimiento de formas nuevas, pero con palabras que permitan hablar de los límites cuando se quieran fijar o cambiar.

La amistad como forma de relación transgresora entre los miembros que la componen, por la intensidad de unas emociones y una afectividad que habitualmente se reservan para *la pareja*. Pero la amistad, también, que quiebra las normas sociales legitimadas, desobediente, constructora de vidas deseables.

Que la vida sea sostenible es transgresor. Parece que apenas debiéramos tener la suficiente fuerza vital para ir a trabajar, devolver nuestros créditos y, a duras penas, cuidar de nuestros sujetos consanguíneos. Cuidados para los que te conceden tres días en el trabajo si hospitalizan a tu hermana, pero ninguno para atender a un amigo con neumonía, aunque se esté muriendo.

Amistades que imaginan una maternidad compartida. Habría que casarse... ¿Por qué no se reconoce que dos personas adultas –o más– puedan tener el vínculo maternal o paternal –no genético– de una misma criatura si no es a través del matrimonio? Cuando además les une un vínculo afectivo, la amistad, que no promete eternidad, pero con más posibilidades que el *amor romántico* de llegar a la *mayoría de edad*, en que –al menos legalmente– la criatura de 18 años ya se puede desprender de su progenie.

Personas que cuidan a las hijas e hijos de sus amigas y amigos, para que esa fuerza vital nos dé para ir a trabajar y pagar nuestras deudas, pero también por placer, por deseo, por decisión de vinculación afectiva con esa amiga, ese amigo, y sus criaturas.

Relaciones que te permiten vivir por tu cuenta, o con compañeras/os de piso, o con otras/os amigas/os y no estar sola, no sentirte sola. Te lo permiten porque no se suele valorar el grado de amistad por la cantidad de tiempos, espacios y actividades que compartís. —*¿Estás ahí?* —*Sí, estoy aquí.* Y no saber dónde está físicamente, ni importarte. Sentir que estar *ahí, aquí*, es más que suficiente, es lo deseable. Muchas veces lo sientes. Otras, te sientes sola. Pero no le echas en cara a tu amistad tu soledad, o al menos sabes que no es justo hacerlo. Ese sentimiento y otros tienen que ver con tu amiga/o, pero también con otras relaciones de afecto y contigo misma: la responsabilidad es compartida.

Redes de afecto y de cuidados que sostienen una vida deseable, disfrutable, para que no sea sólo cuestión de supervivencia. Tienen la certeza de la estructura de cuerdas en-red-(h)adas, la credibilidad de su presencia: si están, es que quieren estar; y es más fácil querer estar cuando no recae sobre tus hombros *toda* la responsabilidad del bienestar de la otra persona. Tienen la incertidumbre de cuánto durará cada hilo, cómo será, qué manera tendrá de entretrejerse con los demás: no hay promesas de amistad eterna como mandato social, no hay formas definidas. Es un vínculo de afecto elegido. Por tanto, es temporal, deseado, imposible de encasillar... imprevisible... ¿peligroso? 🌀

Ahora pisamos fuerte

Isabel Alba
Nagua Alba

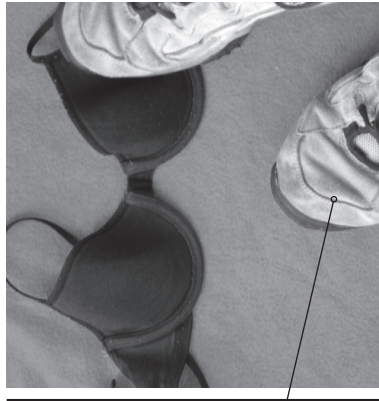
El poder no es una suerte de sustancia que se posee o no. Nadie nace con poder. Nadie nace sin poder. El poder se acumula en las relaciones, el poder se ejerce. En 1991, Luis Bonino acuñó el término *Micromachismos*, para designar esas estrategias cotidianas e invisibles a las que los hombres recurren para ejercer y acumular poder en sus relaciones con las mujeres (permitidnos la dicotomía hombre-mujer en este caso, a pesar de su artificialidad y limitaciones). Sólo podría hacerse una crítica a la, por lo demás, brillante taxonomía de Bonino, y es que estos machismos de micro no tienen nada. El sistema patriarcal legitima y normaliza el ejercicio de poder del hombre sobre la mujer, y ésta, casi siempre inconsciente de la violencia que cotidianamente se ejerce sobre ella, no tiene más remedio que incrustarse en el rol impuesto y preguntarse por qué se siente así de mal. Nosotras estamos hartas de someternos a lo que el patriarcado espera de nosotras, hemos decidido dejar de ser *la histórica, la tonta, la incapaz, la dependiente*. Vamos a romper el molde y a ser lo que verdaderamente somos: lo que nos dé la gana. Ya no nos pisan. Ahora pisamos fuerte.

- 1· ¿Qué tal he estado?
- 2· El público parecía contento... Me ha aplaudido mucho.
- 3· Creía que lo había hecho bien...



- 1· Hablas demasiado... No vas al grano...
- 2· Mira, yo te digo lo que pienso, ¿o es que quieres que te mienta?
- 3· Eres tan insegura, todo te lo tomas mal...

Pero si en el fondo te apetece
Pero si en el fondo te apetece
Pero si en el fondo te apetece
Pero si en el fondo te apetece
Pero si en el fondo te apetece
Te apetece
Te apetece
Te apetece
Te apetece



¿Ves cómo te apetece?

¿Cómo puedes quedar con ella después de cómo se portó contigo?
Luego no vengas a llorarme y a quejarte.
Así te va, de tan buena, eres tonta.
Eso sí, con todos menos conmigo.
A mí no me pasas una.



Creo que el negocio no es rentable.

¡No digas tonterías!

Habría que liquidarlo.

Si el negocio no funciona hay que cerrarlo.

Pero si eso he dicho...

¡No tienes ni idea!



¿Qué haces aquí?
Te dije que tenía mucho trabajo.
Tengo que entregar las viñetas al mediodía...



Lo siento.
Ni lo pensé.
¿Puedo pasar?
Te he comprado el verde que te faltaba.
Sólo media hora, lo prometo.
Un café y me marchó.
¿No me das un beso?
Tenía tantas ganas de verte...

agre-
siones

¿Cómo puedes quedar con ella después de cómo se portó contigo?

No es asunto tuyo.

Luego no vengas...

Llego tarde.
Adiós.



Creo que el negocio no es rentable.

Habría que liquidarlo.

¡No digas tonterías!

Si el negocio no funciona hay que cerrarlo.

ESO YA LO HE DICHO YO



Estoy trabajando.

Lo siento...
¿Puedo pasar?
Te he comprado el verde que te faltaba.

No. Te llamo cuando acabe.



trans-
gresio-
nes

Pero si en el fondo te apetece
Pero en el fondo te apetece
En el fondo te apetece
Pero en el fondo te apetece
Pero en el fondo te apetece
Si en el fondo te apetece
Pero en el fondo te apetece
En el fondo te apetece

Te apetece

Te apetece...

NO

- 1. He estado genial.
- 2. Yo me he quedado muy satisfecha.
- 3. Me voy a celebrarlo, nos vemos en casa.



- 1. Hablas demasiado... No vas al grano...
- 2. Mira, yo te digo lo que pienso, ¿o es que quieres que te mienta?
- 3. ...

¿El capital o la vida?

Reflexiones feministas en torno a la economía

Astrid Agenjo Calderón

¿A qué nos referimos cuando hablamos de economía feminista? Porque sabemos que no existe una definición cerrada ni un único (ni unívoco) posicionamiento teórico y/o político en torno al funcionamiento del sistema económico... Las visiones feministas sobre la economía son tan diversas como el propio feminismo, si bien, es posible identificar tres aspectos clave¹ sobre los que pivotarían las diferentes perspectivas:

1. Subrayar los límites de lo que precisamente se entiende por «economía» (va «más allá del mercado», sí, pero ¿cuánto «más allá»? ¿O «más acá»?).
2. Analizar el papel de las relaciones de género en ella (¿se trata de añadir una variable más que nos permita obtener datos desagregados o de cuestionar el análisis en su conjunto utilizando el género como categoría central? ¿Cómo introducimos otros ejes de opresión?).
3. Plantear el compromiso feminista que la propia teoría tiene con la transformación de las desigualdades, con la acción política (pero, ¿cuál es el grado de transformación que nos planteamos? ¿Y qué conocimiento se considera válido para ello? ¿Quiénes lo generan? ¿Desde dónde?).

A continuación se abordan cada uno de estos tres aspectos desde un posicionamiento concreto en torno al enfoque de la *sostenibilidad de la vida*, el cual continúa (re)construyéndose por y entre muchxs, sin pretender ofrecer verdades absolutas sino más bien preguntas abiertas con las que continuar dialogando.

En primer lugar, cuestionar los límites de la «economía» desde este punto de vista implica ofrecer una visión integral del sistema socioeconómico, abriendo un espacio al conjunto de relaciones sociales que garantizan la satisfacción de las necesidades de las personas. Se trata de una visión centrada explícitamente en las condiciones de vida, no como agregación de individuos aislados, sino en términos de *bien-estar* social, abordando los procesos de *sostenimiento de vidas que merezcan ser vividas*. De ahí que sea necesario contemplar el engranaje conformado tanto por estructuras sistémicas

La economía feminista no es sólo una corriente academicista, sino que también parte de una apuesta política explícita en torno a la transformación de una realidad que se considera injusta.

²MARTÍNEZ GONZÁLEZ, Ángel y ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA, Santiago (2013), «Aportaciones para una representación compleja y abierta del sistema económico capitalista», *Revista de Economía Crítica*, vol. 15 (1), p. 141.

(dimensión ecológica, reproducción social), como por diversas esferas de actividad (mercado, estado, hogares, redes sociales y comunitarias) hasta llegar a los sujetos concretos (con cuerpos e identidades), desde una comprensión amplia de las redes de poder y de vida social que conforman este circuito. Y ésta no es una cuestión cualquiera; porque nuestras vidas se desarrollan en el marco de un sistema capitalista que funciona alentado por una tasa de ganancia, apoyándose en esquemas distributivos injustos basados en la explotación y la desigualdad, en la devastación ecológica, la apropiación de los recursos públicos y la desposesión de los bienes comunes, poniendo continuamente en jaque las condiciones sociales y ambientales sobre las que desarrollamos nuestra existencia². De ahí que haya que abordar el análisis teniendo en cuenta el conflicto básico entre el capital y la vida, indagando dónde se asume la responsabilidad última de generación de *bien-estar* cotidiano de las personas, en el marco de un sistema económico cuya lógica y prioridades entran en conflicto directo con ello. Desde este punto de vista se desvela, por ejemplo, que aunque en las sociedades capitalistas del norte global el Estado cumpla cierta función mediadora, dicha responsabilidad recae sobre los hogares. Es decir, que no existe una responsabilidad social en la *sostenibilidad de la vida*, sino que ésta se mantiene privatizada, invisibilizada y, como podemos intuir, feminizada.

Y esto nos lleva al segundo de los aspectos clave que abordan los análisis económicos feministas: desvelar el papel de las relaciones de desigualdad entre géneros, mostrando cómo marcan el terreno sobre el que ocurren los fenómenos económicos, y cómo se reproducen y retroalimentan a raíz de estos. Así, por ejemplo, hablamos de la *división sexual del trabajo* (a nivel macrosocial) y de la *familia nuclear tradicional* (a nivel micro) sobre las que se erige el denominado Estado del Bienestar, y que conlleva que sean las mujeres las que asuman el rol de responsables últimas (o únicas) del bienestar familiar, multiplicando e intensificando sus trabajos –remunerados y, fundamentalmente, los no remunerados– para que la vida salga adelante, actuando como elemento de reajuste del sistema y como factor de absorción de los *shocks* económicos. Pero aquí es necesario abrir una pregunta adicional, porque hemos hablado de «las mujeres», pero ¿de

¹PÉREZ OROZCO, Amaia (2014), *Subversión feminista de la economía*, Madrid, Traficantes de Sueños.

De ahí que haya que abordar el análisis teniendo en cuenta el conflicto básico entre el capital y la vida, indagando dónde se asume la responsabilidad última de generación de *bien-estar* cotidiano de las personas, en el marco de un sistema económico cuya lógica y prioridades entran en conflicto directo con ello.

³VV.AA. (2013), *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*, Tafalla, Txalaparta.
⁴BOSCH, Anna, CARRASCO, Cristina y GRAU, Elena (2005), «Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo». En TELLO, Enric, *La historia cuenta*, Barcelona, El Viejo Topo.

todas las mujeres? ¿O estamos haciendo referencia sólo a quienes *tienen voz* (blancas, occidentales, heterosexuales, urbanas, de renta media, etc.)? Las mujeres no compartimos una condición común de opresión, sino que las diferencias en función de la clase, la actividad laboral, el nivel de cualificación, la edad, el hábitat rural o urbano, el estatus migratorio, la diversidad sexual, funcional, etc. son ejes de poder que se cruzan a la hora de definir nuestra posición de subordinación en el sistema económico en general y en la asunción de responsabilidades sobre el *bien-estar* en particular.

El reto es hacernos cargo de este «nosotras», de esta multiplicidad del sujeto feminista³, construyendo conocimiento conjunto, diverso y transformador de las desigualdades que nos cruzan, buscando respuestas de forma común en todos y cada uno de los espacios en los que estamos.

Y esto nos acerca al tercer rasgo que mencionábamos: el hecho de que la economía feminista no es sólo una corriente academicista, sino que también parte de una apuesta política explícita en torno a la transformación de una realidad que se considera injusta. En este sentido, existe *cierta* convergencia al identificar el proceso en el que estamos inmersxs de *precarización de la vida*, de intensificación de la exclusión y de las desigualdades, de aumento de la violencia y del control sobre nuestros cuerpos. No obstante, la forma de responder ante ello no está siendo única, existiendo una pluralidad de perspectivas que debaten entre mantener lo que hay –mejorándolo–, recuperar lo que había, o como sostenemos aquí, sentar las bases de una transformación sistémica, caminando hacia una forma de organización social centrada no sólo en la posibilidad real de que la vida continúe –en términos humanos, sociales y ecológicos–, sino también en que dicho proceso signifique desarrollar condiciones de vida *aceptables* para la población⁴. La clave es debatir qué entendemos por *aceptable*, por *vida digna de ser vivida* por todxs, y cómo nos organizamos socialmente para establecer sus *condiciones de posibilidad*, teniendo en cuenta, además, que la crisis ecológica global nos adelanta unos escenarios de escasez cuya escala apenas podemos imaginar. El desafío está en poder elaborar estrategias de desobediencia, resistencia y luchas feministas que nos permitan transitar hacia «esa otra economía» en la que nuestra vida, la de todxs, merezca ser vivida. ●

Ser o no ser hombre. Diálogo con el artículo «Irse con las amigas», de Nicolás Cuello*

Eduardo Romero

* El texto pertenece al *Fanzine Marica*, del grupo de maricas activistas Putos Mal, de la ciudad de La Plata, Argentina. Todos los fragmentos en cursiva pertenecen al mismo. El material completo puede leerse en: <http://issuu.com/cuellonicolas/docs/finalmarica>

Cuando pensé en esta pregunta que circulaba entre nosotrxs sobre por qué NO somos hombres pensé en eso que entendemos con mis amigxs que hacemos algunxs putos: fugar de la trampa binómica del género. Pero mientras más repetía la pregunta, y le daba mayor espacio en mí, hubo otra serie de asociaciones que también tuvieron lugar. Como lo personal es político, dicen las guerreras, elijo compartirlo.

Pero vos... ¿sos hombre o no? ¿Qué te pasa, sos puto? ¿Qué, sos maricón, que llorás tanto? ¿Cuándo va a ser el día que te hagas macho? y ¿por qué no ponés los huevos sobre la mesa y hacés lo que tenés que hacer? ¿Cuándo te vas a defender? Ésas eran las preguntas más rankeadas que funcionaban como eco en una comunicación llena de resentimiento entre mi papá y yo, pero también con los demás hombres que me rodeaban (pequeños hombres en formación en la institución escolar, club, barrio, etc.).

Lo habitual entre los jóvenes aprendices de hombres no es fugarse, sino adaptarse. Y no a la fuerza, con desgana y resistencias. Al contrario, aprehender los privilegios masculinos puede llegar a ser muy placentero. Aprender a ser protagonistas, a llevar la voz cantante, a no quedarse nunca a la espera. Aprender, en la alegre camaradería infantil, a ser fuertes, a ser seguros, a ser competitivos. En este perverso juego, perder, experimentar en carne propia posiciones subalternas, quizás otorgue una oportunidad para rebuscar, casi siempre a solas, otros caminos. Pero ganar –ser fuerte, ser seguro, ser competitivo– es un placer que reafirma nuestra masculinidad.

Nada de lo que hacía, ni de lo que pensaba, ni de lo que soñaba en voz alta, me hacía un hombre. Fueron muchos años de sentirme frustrado porque jamás pude ocupar el lugar que debía, nunca pude colmar expectativas y no tuve oportunidad de ser algo más que una proyección. El cúmulo del pasado frustrado ajeno. Cuerpo dócil al que nunca le preguntaron sobre su deseo.

Ahí empieza mi fuga.

Rastrear en la memoria de los primeros aprendizajes desde el punto de vista de los ganadores. Acopiar recuerdos –escenas– en la escuela y la familia, pero sobre todo en el deporte. Jóvenes, heterosexuales, clase media. Hombres. Recordar el placer de la experimentación de los privilegios. De esa condición que, para poder disfrutarse plena y *saludablemente*, es construida a través de una normalidad en la que –para *nosotros*, la manada que aprende a ser machos– género, raza y clase son *invisibles*. Se disfruta mejor de los privilegios cuando estos no se nombran como tales. Cuando es un orden *natural* el que nos coloca en la cima del mundo.

El deseo adolescente *desviado* en las duchas de un vestuario. Tu padre reprendiéndote por si esa relación tan estrecha puede provocar que la gente piense que sois *maricones*. Quizás haya algo de caricatura en aquella memoria de la masculinidad plena. Siempre hay grietas. Lugares que abren la posibilidad –si se transita, si se escoge hacerlo– de resquebrajar esa plenitud. Escenas –otras– en las que se comienza a experimentar la frustración de la impotencia emocional, esa que forma parte también del *código genético* de los aprendices de hombres. Momentos de lucidez, también, en los que se ponen las primeras palabras –susurradas a uno mismo– que perfilan la conciencia del lugar que ocupamos, de los lugares sometidos en los que instalamos a otras.

Pero conviene partir de aquella verdad –la del disfrute privilegiado– si se pretende comenzar su, siempre incompleta e incierta, demolición.

Escapar a esto empezó con mucho silencio y ensimismamiento. Mucho tiempo conmigo mismo, pensando y preguntándome a más no poder.

Es difícil, para quien vive más o menos instalado en su masculinidad, transitar esos otros caminos a partir de la introspección. Es más fácil que sean ciertos revulsivos los que cuestionen los privilegios adquiridos. Espacios de activismo político y de sociabilidad contrahegemónica en los que clase y raza, en primer lugar, suelen dejar, poco a poco, de ser invisibles –sin despreciar las dosis de clasismo y de racismo que irrumpen súbitamente en nuestros ámbitos (y si irrumpen es porque nunca se han ido del todo)–.

La dominación patriarcal suele ser aún más persistente, pero, a veces, es cuestionada. Se abren, entonces, posibilidades, aunque no siempre exploradas. No es cómodo renunciar a privilegios, y no siempre es lo que te pide el cuerpo.

Renuncié sin vuelta atrás a ese ejercicio de masculinidad hegemónica que jamás pude poner en práctica y que siempre detesté; renuncié a comer carne y dejé atrás todo ese capital cultural de transferencia que hay entre los machos y su comida, su asado tradicional; renuncié a la vulgaridad de esa adolescencia marcada por la nada, por el deporte vacío, por la lógica de la competencia y de la demostración acompañada de la destrucción ajena; renuncié a muchas palabras y a muchas personas. Y cada vez, mientras más crecía, fui menos hombre. Todo lo que elegía me mostraba otra dirección.

Hay tránsitos más limitados y contradictorios. Tránsitos que incluyen fracasos, escenas en las que aferramos los privilegios adquiridos. Elecciones en la dirección de los machos. Reproducción de modelos sociales, afectivos y sexuales jerárquicos y masculinizados.

Para quienes hemos sido aprendices aventajados de hombre, conviene no dejar nunca de rastrear en nosotrxs, individual y colectivamente, esas huellas de lo que hemos sido, de lo que difícilmente deja de ser parte de nosotrxs, de lo que, a veces, vuelve a comparecer.

Pero hay, también, renunciias primigenias. A ciertos roles. A cuidados unidireccionales. A un tiempo que sea siempre tiempo propio. A cierto lenguaje. A personas de las que comienzan a separarte abismos. Personas con las que ya no puedes vincularte por cosas básicas, cosas que hace nada eran irrelevantes, simplemente no comparecían: huellas arqueológicas de lo que permanecía invisibilizado.

Hay, sí, vínculos que es necesario destruir.

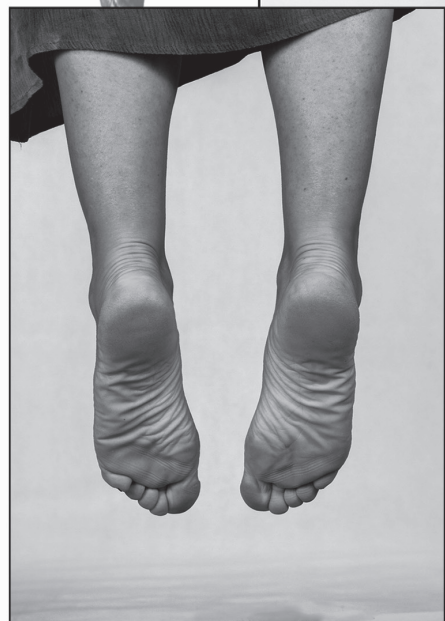
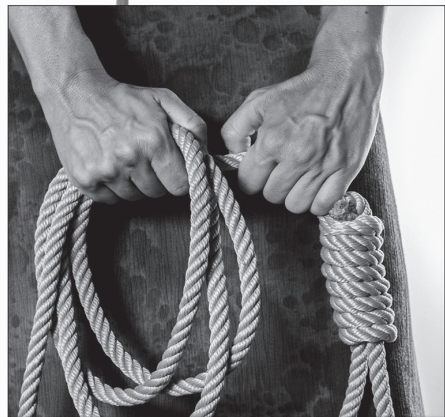
Hay otros –pues *somos* siempre *en el vínculo*– que te permiten afrontar grandes demoliciones: hay –por ejemplo– amores que aceleran vertiginosamente la renuncia, amores que enseñan a permanecer a la espera, a dejar de competir. Amores que arrastran a desear no ser hombre, a –también– follar sin privilegios; a construir erotismos a contracorriente de una sexualidad patriarcal y homofóbica que trata de invadir nuestros sentidos.

Hay vínculos colectivos –amistades, activismos, grupos– desde los que abordar, entre otras, la renuncia al saber masculino, al poder masculino de la palabra monopolizada. Vínculos colectivos que invitan a construir una comunidad de cuidados y de afectos, de política y sexualidad, en la que, efectivamente, nos fuguemos de la trampa binómica del género.

No soy hombre porque no quiero ser jefe de familia, porque la familia que tengo es constelativa, crece día a día, y en ella aprendo a ser libre de forma colectiva con mis amigas. Y finalmente no soy hombre porque a diferencia de años de disciplina y silenciamiento, me interesa recuperar la sensibilidad como forma de habitar el mundo, la fantasía constante de la amistad desenfrenada y revuelta, la delicadeza de la forma curva de mi cuerpo y mi fragilidad, porque no necesito fingir que puedo con todo.

Alter-acciones corporales

Los alegres pillastres



Irritabilidad. Puñeta. Mariposa

Celia García López

Una voz

¿Puede la política feminista ser un acto colonizador?, ¿puede el feminismo ser una imposición que haga oídos sordos a las distintas realidades, a los distintos contextos?, ¿puede ser colonizador en un país lo que en otro ha sido transgresor? Como siempre, acabo metiéndome en callejones de los que me resulta difícil salir, difícil resolver. Todo acto de lenguaje implica directa o indirectamente una apuesta por colocarte en una zona fronteriza o en otra; las palabras ante estas lides suelen adaptar, modelar los espacios-realidad a nuestro ojo. Entonces, y a veces, el acto de habla se hace imposición, vehemencia, se lanza al mundo en respuesta rápida, en respuesta cerrada. Los lugares de las certezas son lugares frágiles, casi siempre peligrosos.

Dos voces

¿Puede la política feminista ser un acto colonizador?, ¿puede el feminismo ser una imposición que haga oídos sordos a las distintas realidades, a los distintos contextos?, ¿puede ser colonizador en un país lo que en otro ha sido transgresor?

Estas preguntas se presentan como preguntas-trampa. Como preguntas-fuegos artificiales, tienen la medida de un café, la respuesta es imposible si no la acompañamos del cuerpo y de la acción, si no la cogemos de la mano con amabilidad y la llevamos a la respiración de lo que nos sucede, de lo que sucede a nuestro alrededor, de aquello a lo que pertenecemos y es real.

Si tú dices «sí», sí a todo y «¡hay que ver con occidente y el empeño continuo de meterse en cuerpos, casas, ciudades y parlamentos de todos los países del mundo por los que alguna vez ha estado interesado!»; y continúas «¡qué me dices del feminismo liberal y la democracia y la representación!, ¡que parece que el imperio ni tiene oídos ni tiene nada, con sus grandes teorías, con sus grandes agendas! ¿No se dan cuenta, acaso, de las diferencias, del contexto, de la agencia, del empoderamiento, de que las mujeres cuando se juntan, aunque sea para leer sus libros sagrados, están rompiendo las barreras que el patriarcado les impone? Si es que seguimos igual con el demonio dentro, ahí a *jierro* con su Verdad, que ni escucha ni nada». Si tú dices eso, yo digo «sí» y nos encendemos en el hermanamiento de la empatía; sin dejar grietas ni fracturas en el discurso, porque reconocemos las palabras que resuenan al mismo tiempo en cada uno de nuestros cuerpos y eso hace que nos sintamos bien, menos solas, más justas. Entonces, nos vamos a casa con la alegría de haber cambiado el mundo en el café, con la sensación de que la tarde nos ha dado para analizar la realidad –siempre un riesgo, siempre un miedo– sin conflicto, con nuestra verdad, la más verdadera, que es la misma, punto por punto.

¹ Ana dice: «¿hay contextos no patriarcales? ¿No es el colonialismo política estructural? ¿Y si lo llamamos lucha antipatriarcal?»

La voz de la rabia que, a veces, ciega y se choca contra el muro de la derrota, de lo imposible, de lo que no tiene solución. Nihilismo en versión feminista casera.

Puñeta sin mariposa, el llanto de la desesperación.

¡Todo es mentira, patraña, olvido, pensamiento interesado en la ganancia, en el éxito!, en por mí y por mí y luego un poco, sólo un poco, pero también por mí. ¡Ahhhhhhh! ¡Que no, que no me mires, que así no! Se me vuela la palabra y es cuchillo sin control. ¡No te apartes!

La política. El político. Psicoseñores, las más de las veces, que ordenan y establecen los límites del territorio, de lo aceptable, de lo político, de lo cordial.

La política estructural es una falacia.

El feminismo como concepto-bloque de hormigón es una falacia¹.

El colonialismo es una realidad de la que ninguna de nosotras podemos escapar.

Mariposa, rabia: «¿para qué tanto preguntar?».

Tres voces

¿Puede la política feminista ser un acto colonizador?, ¿puede el feminismo ser una imposición que haga oídos sordos a las distintas realidades, a los distintos contextos?, ¿puede ser colonizador en un país lo que en otro ha sido transgresor?

Pero. Pero... no me sale, pero, ¿cómo que imposición? Pero, madre mía, menos mal que el feminismo, que los feminismos, menos mal que la lucha y el pensamiento, menos mal que las resistencias, las batallas, los encuentros y desencuentros. Pero, menos mal, que la toma de palabra y todo lo que queda por hacer; y lo difícil que nos lo ponen y lo valientes que somos. Y cómo no va a haber conflicto si tenemos que lidiar con tantas cosas y con nosotras mismas; y con las otras que no siempre nos gustan y que a veces son maternalistas, estatistas, materialistas, estalinistas, manadas alfas, manadas veladas... y luego nosotras mismas y también lo otro, y las políticas y la crítica, y la tierra en nuestro tejado y la piedra en el zapato. También el peso de la palabra que a veces arrollador pero que también, a veces, es lo contrario, lo que hace posible que en mi mirada se pose la luz. El peso de las voces, de las críticas, de los monstruos, del cómo y del porqué. Y también, no olvidemos, lidiar, con estos cuerpos que nos dan y nos quitan el mundo, con los que nos damos y nos quitamos el mundo. Pero, ¡cómo que una falacia!, si... pero, ¿es que no veis?, dime tus porqués, se tiene que tratar de otra cosa, si no, ¿a qué tanta molestia con el feminismo?

Cuarta voz

¿Puede la política feminista ser un acto colonizador?, ¿puede el feminismo ser una imposición que haga oídos sordos a las distintas realidades, a los distintos contextos?, ¿puede ser colonizador en un país lo que en otro ha sido transgresor?

Quien tenga la última palabra que tire la primera piedra, que arrase los campos y ciudades. Que se quede con todo, encontrará rendición y desasosiego. Quien tenga la última palabra que diga: Irritabilidad. Puñeta. Mariposa, cada día, 200 veces, un minuto antes de que amanezca. ☯



Cuerpo, nación y (de)construcción de las memorias. Aperturas a través del Museo Travesti del Perú

Laura Gutiérrez

ARRIBA | MOCHE. Botella. V-VII d.C. Colección Ganazo, Trujillo. Dibujo de Christopher B. DONNAN, Moche Archive, UCLA, Los Ángeles.

Todas las imágenes fueron extraídas de CAMPUZANO, Giuseppe (2007), *Museo Travesti del Perú*, Lima, Institute of Development Studies.

¹El video puede verse aquí: <http://www.youtube.com/watch?v=SMql-sqsfXU>

²El libro puede descargarse gratuitamente de <http://es.scribd.com/doc/130163593/Giuseppe-Campuzano-Museo-Travesti-del-Per>

«Una nueva genealogía es posible», señala la artista, filósofa, activista, travesti y diva Giuseppe Campuzano (1969-2013) en su video *Tudo o que não invento é falso*¹, donde las imágenes y la música para otra cartografía se hacen presentes como destellos de una resistencia silenciosa y persistente. Fotos, objetos, vestimentas, poesías, vidas. Las imágenes dan rienda suelta a un *Museo Travesti del Perú* que, desde el inicio, impide su catalogación (¿libro? ¿video? ¿archivo? ¿museo?), escapa a las identidades de los géneros literarios o curatoriales, sociales y sexuales. Se (des)organiza más bien como un cruce de historias, imágenes y construcciones cuya obstinación a la imprevisibilidad catalogadora se transforma en una desobediencia a las linealidades y silencios de la colonialidad heterosexista del sur y a sus heridas abiertas.

A través de diversas prácticas (artísticas, activistas, archivísticas), se realizan una infinidad de movimientos en todos los soportes que van construyendo el *Museo Travesti*. Puesta en escena de un archivo que cubre y muestra otras vidas posibles. Impugnación de los espacios muertos de los museos. Construcción itinerante, cambalachesca, de las memorias y sus cuerpos, resistencias que deshacen cualquier mito fundacional de origen.

¿Cómo bordear las líneas de fuga de las naciones? ¿Cómo transgredir esas mismas líneas con aquellos cuerpos que no pueden/quieren ser asimilados al «cuerpo nacional»? ¿Cómo evitar la domesticación de lo «no asimilado»? ¿Cómo imaginar una obra, una muestra, un cuerpo, una genealogía en proceso constante, en mutación constante? ¿Cómo politizar la propia vida para desajustar, torcer la narrativa nacional y las invisibilidades del propio arte?

En su formato libro de tapas rosas², por ejemplo, observamos una recopilación histórica de imágenes y arte prehispánico, cuerpos andróginos, culturas híbridas de danzas ancestrales y ritos de inversión, atravesadas por una indagación de ordenanzas morales que van desde la época de la conquista y

Se (des)organiza más bien como un cruce de historias, imágenes y construcciones cuya obstinación a la imprevisibilidad catalogadora se transforma en una desobediencia a las linealidades y silencios de la colonialidad heterosexista del sur y a sus heridas abiertas.

del virreinato del Río de la Plata hasta la prensa amarilla contemporánea de sucesos. Letras que muestran la homo y transfobia en el Perú (aunque podemos imaginarlas más allá de sus fronteras).

El libro del *Museo Travesti* está dividido en tres grandes ejes: la organización de un muestrario barroco que explora la propia huella del travestismo y de las culturas híbridas, y sus símbolos en el contexto peruano, no como una identidad más en la larga lista de identidades sexo-genéricas sino, por el contrario, como una fuga constante de la identidad clarificada. Le sigue el análisis de los usos y construcciones de los lenguajes (desde la poesía, pasando por las crónicas periodísticas, hasta llegar a los legajos y edictos policiales) que constituyen un glosario donde reverberan en el presente las violencias heterosexistas del pasado. Por último, la indagación acerca del propio discurso contemporáneo de la noticia, de la prensa, como esa máquina mediática constructora de subjetividades habitables y deseables que expone obscenamente la imparcialidad de su violencia sexo-genérica.

A simple vista podríamos decir que el libro intenta reescribir una historia negada, silenciada, arrebatada, una nueva filosofía y comprensión de la narrativa colonial del sur a través del arte. Pero es más que eso: una cartografía zorra, mutante, que se niega a ser encasillada, reinscribiendo los cuerpos fuera de, o haciendo frente a, las catalogaciones sexuales-genéricas excluyentes. Transforma el cuerpo en el campo de batalla que siempre fue. Crea pequeños destellos que narran historias de resistencias contra aquella narrativa unívoca de los cuerpos organizados por y para el imperio español, por y para la nación peruana a costa de la violencia y el exterminio del silenciamiento y la negación de otros cuerpos posibles.

«Toda peruanidad es un travestismo», se repite una y otra vez como un *loop* donde



Máscaras para chonguinada y tunantada. Artesanos huancaínos. 2004-2006.

Una apertura
del pensamiento
allí donde sus
cristalizaciones
dicotómicas
(civilización-
barbarie;
varón-mujer;
humano-animal;
occidental-
nativo)
pretenden ser
la única verdad
posible de la
historia, del
cuerpo.

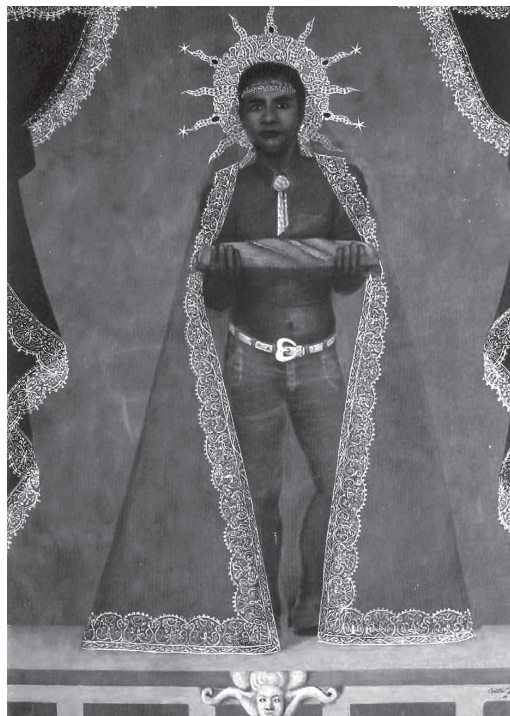
resuenan diversos modos de inventarse la propia vida. Una apertura del pensamiento allí donde sus cristalizaciones dicotómicas (civilización-barbarie; varón-mujer; humano-animal; europeo-nativo) pretenden ser la única verdad posible de la historia, del cuerpo. Instantes de imágenes que instalan una posibilidad de relectura a la historia hegemónica colonial, escrita sobre la historia de las violencias, los borramientos y las ausencias sexo-genéricas y de raza. Un recorrido ecléctico donde los travestismos son el síntoma. Desorganización de cuerpos y relatos de cualquier linealidad, también de aquella que nos dice que todo pasado fue mejor y que toda identidad anterior a la conquista es un ideal regulador.

En el *Museo Travesti* no se cosifican los grandes relatos heroicos de ninguna lucha ni gesta nacional. Por el contrario, observamos apropiaciones que disputan esos lugares (hetero-masculinos) nacionales, haciendo énfasis en la importancia de los modos internos de exclusión y construcción de subjetividades, y cuerpos deseables más acá de la violencia de la colonización imperial.

La disputa no es sólo sobre la construcción hegemónica de la narrativa colonial sino también sobre la desconfiguración de la propia construcción nacional establecida por los Estados nación de América Latina a lo largo del siglo XIX. Trascender un cuerpo y los binomios sexo-género también para trascender la metáfora del cuerpo de «La Nación» que excluye, silencia y violenta sexo-genéricamente igual que el imperio transnacional.

Como museo itinerante es también el desborde de la práctica del archivo como mero fósil del pasado. Encontramos fragmentos que documentan, a la par que constituyen, otros modos de existencia, sin dejar de denunciar la violencia con la que han sido, una y otra vez, borrados, violentados, de la historia los cuerpos trans, también los femeninos y feminizados.

Fisuras que se resisten a ser olvidadas y destellan como prácticas de subjetivación y desobediencia corporal. La parpadeante presencia de los travestismos en el museo nos regala fogonazos de existencia que parecían condenados a la violencia del silencio, deambulan por sus pliegues para ponerlos constantemente en entredicho. ●



Christian Flores. *La Virgen del Pan*. 2001.

Un álbum de familia: Emma González brujas, todas brujas

Te voy a hablar de tus parientes lejanas, por parte de *transtatarabuela*. Sí, sé que has oído hablar de ellas, por ser «malas», por no hacer lo que debían, por tener la lengua muy larga, por rebeldes o ensoñadoras.

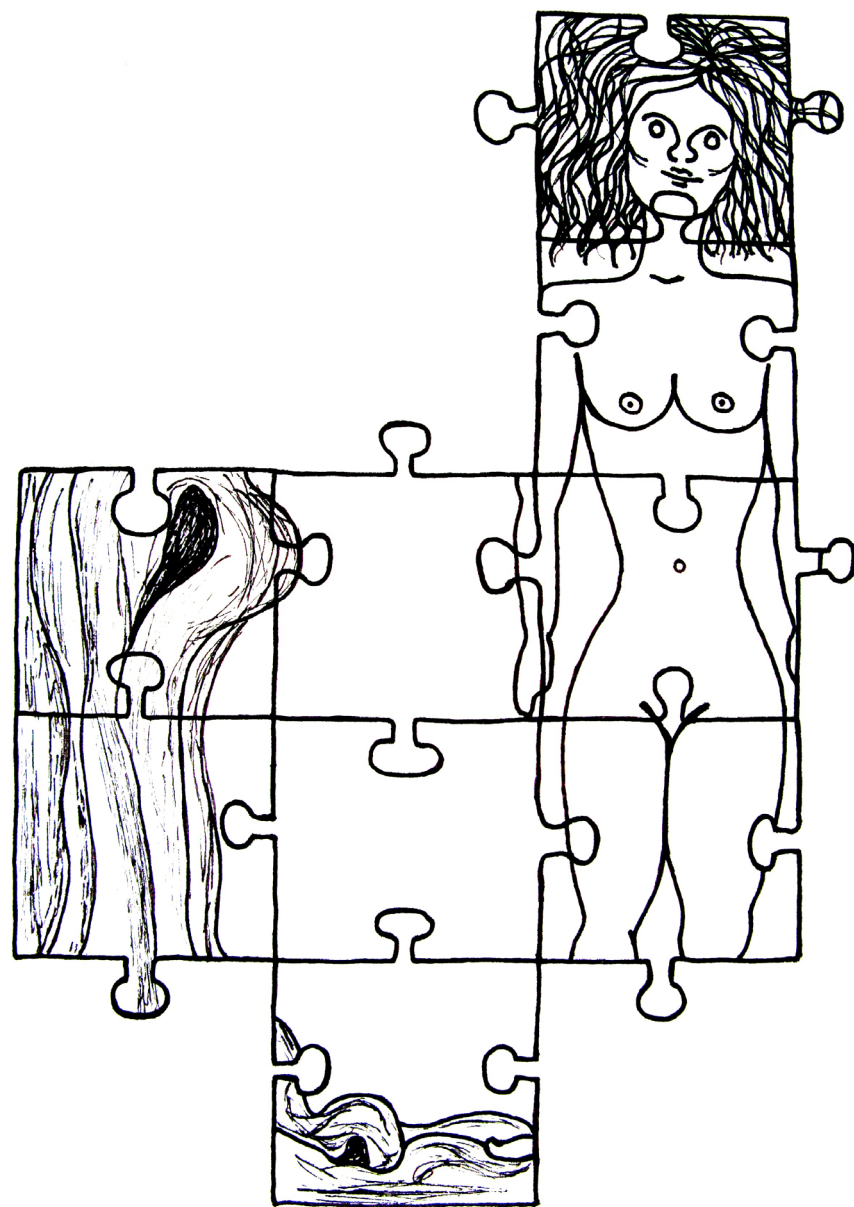
Siempre se comienza hablando de Eva, la abuela de todas. Atrevida y preguntona, se lanzó a comer del árbol del saber desatendiendo las normas de lo que creo ha sido el primer pacto patriarcal de la historia: dios y Adán. Eva se quedó a envejecer al lado de Adán angustiada por el hecho de que le debía la vida. Aun así no se libró, venía tocada de gracia desde el comienzo. Era carne cedida de una parte prescindible (pues costillas hay muchas) y era la sustituta de Lilith. Y ya se sabe: nunca las segundas partes han sido buenas.

Tu *transtarabuela* Lilith, la Luna Negra o la oscura, era una mujer ardiente, opulenta, de ondulada cabellera –según el Talmud–. En realidad se negó a obedecer a Adán, quien le exigía pasividad (también sexual).

Ellas representaban una
fisura en el sistema, un modo
de producción reticular y no
capitalizado, otro modelo de
economía y sabiduría.

Se rebeló y prefirió vagar por el Mar Muerto a estar bajo la voluntad y el cuerpo de aquél. Claro que, entre adoptar la postura del misionero de por vida y copular con demonios llevada por la lascivia, no hay color. La lascivia, ninfomanía y demás comportamientos sexuales desaforados son vistos de tal forma para contenernos. El patriarcado ha gestionado la dominación de las sexualidades femeninas, incluso al capitalismo le ha favorecido este control. Así que Lilith escogió el tiempo libre, el sexo por el disfrute.

Las descendientes por parte de Lilith son transgresoras por determinación, autonomía. Ven la transgresión con el sentido primigenio: andar, avanzar, subir un escalón. Ellas son las que, conscientes de su *agencia*, rompen con lo establecido, desestabilizan el sistema. Las de Eva, quebrantan la norma. Su transgresión está relacionada con el límite y con el castigo: que quienes se atrevan a no seguir la ley, sepan que hay consecuencias destructivas y autodestructivas. Es una estrategia de algunos sectores del poder para legitimar que todo acto que actúe contra sus regulaciones es un atentado contra la sociedad. Así que, te podrás imaginar que cualquier mujer fuera de *lo normal*, observada desde una cabeza ciclópea que sólo ve por un ojo, se vuelve transgresión y pecado. La transgresión tiene mucho que ver con el pecado, con el desvío moral: maculada sin remedio alguno e incómoda para quien te observa. Por eso la transgresión es una acción que depende también de cuánto estás dispuesta



Es más fácil dar un estereotipo bien cocinadito que explicar la razón por la que tantas mujeres, de saberes tan diferentes, en situaciones tan diversas, han terminado siendo todas brujas.

a transgredir, del contexto, de qué miedos has superado, y de qué lugar ocupar extra-ordinario.

Pecadoras, magas, peligrosas encantadoras. Sí, las brujas rompen con los límites y normas. Entiendo que son mujeres *des-habituadas* (que no siguen las costumbres) o *des-habitadas* (de ahí que siempre aparezcan en parajes salvajes, como ellas, bosques inhóspitos, nada domésticos ni domesticados). Es más fácil dar un estereotipo bien cocinadito que explicar la razón por la que tantas mujeres, de saberes tan diferentes, en

situaciones tan diversas, han terminado siendo todas brujas.

Muchas fueron denostadas o perseguidas, como Mambo, curandera haitiana que huyó a Nueva Orleans; Tituba, la primera víctima del proceso de Salem; o Teresa Prieta, joven de tez oscura, procesada tras los muros de Gijón. Género, etnia, clase... demasiado fácil para el *establishment* heteronormativo del momento.

Veamos, las brujas –las que conocemos y viven del cuento– son una trampa para que no nos guste ser brujas; pero es demasiado tarde, lo llevamos en la sangre. Solteras o viudas, siempre aparecen sin familia. Con su negación a casarse lo que obtienen es soledad. Ausencia de hogar en esas covachas desvencijadas de bosques impenetrables. Su vejez es sinónimo de abandono, de fealdad, es el retrato de la madurez mal entendida como un paso anterior a la muerte, envidiosas de la eterna juventud. Sus poderes surgen de algo tan doméstico como una olla. Por si fuera poco, vuelan en una escoba, artilugio sofisticado donde los haya. Su compañía es un gato, animal del Maligno poco fiable.

Testgresor

Cómo saber si eres una bruja.
Marca con una X tus respuestas:

- ☐ Tienes un aspecto que las demás personas de tu entorno consideran diferente. Cualquier nacimiento de pelo incontrolado o signo de paso del tiempo no disimulado, sirve.
- ☐ No tienes vértigo ni para volar ni para tomar decisiones.
- ☐ Posees objetos infravalorados pero muy útiles: cacerolas, espejos, ollas, escobas, etc.
- ☐ Tienes la capacidad de levitar o volar ante situaciones adversas.
- ☐ Has transgredido el espacio varias veces: mudanzas, huidas, desapariciones, retiros, espacios propios.
- ☐ Nunca firmas ningún documento o manifiesto que vaya en contra de tus principios o de tus iguales.
- ☐ Posees lengua suelta, rápida, mordaz. Hay quien opina que bífida.
- ☐ Gustas de las reuniones con tus amigas.
- ☐ Hablas varias lenguas: la élfica, la de las mariposas, el cunnilingus...
- ☐ Te gustan las infusiones, las pocimas, fermentados y destilados (vino, cerveza, sidra y demás «espirituosas»).
- ☐ Estás a favor del aborto y no te importa que, como en el Medievo, te acusen de merendarte a niñxs.
- ☐ Eres aprendiz incansable. Tienes un montón de actividades y la agenda muy pequeña.
- ☐ Las princesas de cuento te dan una sensación entre grima y lástima.
- ☐ Hablas mucho con el espejo y lo usas poco o nada para mirarte la celulitis.
- ☐ Te sacan de quicio un montón de cosas de esta sociedad.
- ☐ Alguna vez te has puesto morada por exceso: de comer, de beber, de reír, de follar, de amar, de sufrir, de gritar.

Rastros de ida y vuelta

Uno de los obstáculos más serios que encuentra cualquier escritora feminista consiste en que frente a cada trabajo feminista, existe la tendencia a recibirlo como si saliera de la nada, como si cada una de nosotras no hubiera vivido, pensado y trabajado con un pasado histórico y un presente contextual. Ésta es una de las formas por medio de la cual se ha hecho aparecer el trabajo y el pensamiento de las mujeres, como esporádico, errante, huérfano de cualquier tradición propia. | Adrienne Rich.

Macky Corbalán. Poeta del sur y del viento. Lesbianamente feminista y viceversa. Creadora de imaginarios afectuosos. Constructora de visibilidades fugitivas. Amante feroz de la palabra. «Amor, quién hubiera dicho / que el infierno / no era el fuego?».

Corría el año 1969, Leila Khaled, nacionalidad palestina. Secuestró el vuelo N. 840 Los Angeles - Tel-Aviv, desvió el recorrido hacia el aeropuerto de Damasco. Nadie sufrió heridas. Khaled vivía en Jordania en el exilio obligado de la guerra. Tristes guerras, tristes.

Cruel destino de aquellas que son recordadas por ser amantes, esposas, pródigas madres de los «grandes de la historia».

Lou Andreas-Salomé, psicoanalista, escritora. Nacionalidad: rusa.

Leila Chafai, Marruecos. Integrante del movimiento de familias de detenidxs políticas en los años de plomo marroquíes, escritora, poeta, alegre superviviente, militante.

Mujeres con «cara de bicicleta» osaban pedalear y salir de sus casas en el siglo XIX europeo. ¿Tenían este peculiar modo de transportarse por sus rostros?, ¿andar en bici iba transformando sus ojos en ruedas, sus narices en manillares?, ¿o eran simples alucinaciones visuales de psiquiatras y comunidad científica de la época?

Rosa María Arquimbau (Barcelona 1910 - 1991). Escritora, feminista. Junto a María Teresa Vernet i Real, Carmen Montoroi i Puig, Anna Murià, Augusta Lewi y Mercé Rodoreda, es considerada una de las componentes más destacadas de la literatura catalana. Apenas traducida al castellano, difícil de leer, difícil de encontrar.

Harriet Tubman nació esclava, en Maryland, en 1820. Escapó de noche con la ayuda de la Estrella Polar y del Ferrocarril Subterráneo. Volvió sobre sus pasos para liberar a su familia y ayudar a otrxs. Prestó sus servicios al ejército de la Unión como exploradora, enfermera y espía. Murió pobre.

Construir comunidad. Do it yourself era el lema y todos eran los soportes: música, video en súper 8, fanzines y palabras en canciones. Corrían los años 80 y las mujeres de Fifth Column tomaron por asalto y con rebeldía queercore los escenarios heteromachos del punk de la Toronto gris. Las riot grrrls están agradecidas.

Adrienne Rich, en los 70, nos alerta de algo: nadie ama todos los días, a todas horas. Nadie. Las madres tampoco.

Wangari Maathai sembró siete árboles en su jardín para luchar contra la desertización. Fue un comienzo, una semilla. Otras mujeres de su país, Kenia, plantarían después treinta millones más.

El primer casamiento lésbico del que se tiene registro en España no fue en 2005, sino en 1901, en un pueblo perdido del norte, ávido de estrategias de supervivencia y afecto, entre Marcela y Maricelisa.

Es la autora del monólogo lo stupro (La violación), que ella misma representó en varias ocasiones, basado en la propia violencia que padeció en 1973.

Franca Rame (1929-2013). Actriz, escritora, activista y política italiana. Vengan maricas Latinas. Gritemos desde el sur del mundo. ¡Aturdámoslos! y tejían palabras. Editaron un formato cuadrado, grande, enorme, hipervisible, como ell@s, que llamaron El Teje, que vio la luz en Buenos Aires en noviembre de 2007.

Mo(ur)ning, un doble juego que significa luto y mañana, es la muestra de la fotógrafa, activista, negra y lesbiana Zanele Muholi. La sudafricana pone rostro y poesía visual al duelo y al amor lésbico. Cuerpos que se encuentran en cada asesinato homóforo, para construir círculos de afectos que no toleran la política de exterminio y silencio.

Quando debía entrar en la supuesta «3ª edad», Ilse Fusková se transformó en una de las primeras activistas visiblemente lesbianas de la ciudad de Buenos Aires. Hoy, a los 86 años, sigue activando y es referente del movimiento feminista, ésa que saludamos en cada marcha abrazando generaciones.

Nazik al-Malaika, poeta de ida y vuelta. Árabe, iraquí, viajera, literata. Verso libre. Murió en El Cairo en 2007, tenía 83 años, ¿cómo fue tu salida de Kuwait? 1990, la invasión, Sadam y todo lo que vino después. ¿qué sentirías, qué pensarías?

Ángeles Santos Torroella. Pintora de provincias y, sin embargo, vanguardista precoz. A los 18 años ya tenías Un mundo propio y mostrabas en Tertulia a mujeres con locura. Pero tu oscuridad se confundió con locura. Y tú también te lo creíste. Llegó la luz y se apagó tu genio.

Las Conchudas, ¿cambia feminista? «que levante la mano la que quiera abortar / que sea seguro, gratuito y legal. / que el estado y la iglesia no se metan más / Qué calor / Qué calor / Qué calor / la que levante la mano como yo / la que quiera misoprostol».

Beguinax (s. XII-s. XXI). Comunidades de mujeres laicas dedicadas a la vida espiritual y la atención a personas socialmente desfavorecidas. Representaban la posibilidad de vivir independientes de cualquier hombre, pero pronto empezó a perseguirlas, terminando unas cuantas de ellas en la hoguera.

quiero ser normal a veces

Irene S. Choya

A veces, lo reconozco, quiero ser *normal*. Aunque lo diga con la boca pequeña. O más bien sólo ante amigas de ésas con las que ya no hacen falta artificios. Y es que, si tú no lo has pensado nunca, cuidado, puede que seas *normal*...

A veces quiero ser normal, sí

Puede sonar gracioso, pero no lo es. Porque cuando se clava esa frase en tu cabeza no estás precisamente disfrutando. Más bien ocurre lo contrario: querías salir corriendo. ¿Por qué? Simplemente, porque no encajas. No encajas y estás cansada. Cansada de ser distinta, de soportar miradas, de dar explicaciones, de pedir las, de comerte la cabeza, de sentirte sola, de convivir con la duda... y crees que todo sería más fácil si fueras, eso, *normal*. O al menos un poquito más *normal*. Porque lo de ser un bicho raro, no nos engañemos, es más llevadero cuando estás rodeada de otros bichos raros.

Ser normal no es nada fácil

Porque, claro, ¿ser *normal* para quién? Si es que tanto me puedo avergonzar de ir con pelos a una reunión de curro como de quitármelos ante mis amigas más punkis –acabo pensando que lo transgresor es eso, ir «con» o «sin» al sitio equivocado–. A tener en cuenta: en lo de ser *normal* es importante el contexto. Tú eliges si quieres pasar desapercibida o llamar la atención, si toca cortar o dejar crecer... Lo jodido es que habitualmente saltamos de un contexto a otro sin tiempo para cambiar de «personaje». Así que, a no ser que tu mundo sea muy estrecho, casi seguro que te has sentido un bicho raro alguna vez. ¿A ver si va a ser esto lo *normal*?

Obvio: lo de ser normal tiene que ver con cumplir las normas

Lo que me llama la atención es que criticamos mucho las que nos imponen: los roles tradicionales de género, la propia existencia de dos géneros, la moral hipócrita y rancia del catolicismo español que se alía sin miramientos con el capital... En fin, cualquier norma que coarte libertades o restrinja derechos, porque aquí podría seguir enumerando hasta quedarme sin caracteres. Pero solemos olvidarnos de prestar atención a las nuestras. Sí, las nuestras. Nosotras también tenemos *normas*. Cuando una no es lo suficientemente feminista, o post, o empoderada, o modernilla, o perfecta militante, o lo que sea –podéis probar con diferentes adjetivos –, también está dejando de ser *normal*. Aunque en este caso hablemos de la *normalidad* en nuestros espacios y no de la más extendida.

¿Sigo siendo adolescente?

En un entorno u otro, la cuestión es encajar, sentirse aceptada por el grupo, ser reconocida por las otras. ¿Pero eso no era algo que pasaba en la adolescencia, cuando necesitabas encontrar tu identidad? Me temo que no, que esa necesidad sigue ahí. Aunque, quizás, la escondemos más. Porque no es tanto cuestión de identidad –de quién soy– sino de pertenencia, de sentirse *parte de*. Es decir, de ser, inevitablemente, seres sociales. Cuando digo que no me importa nada lo que piense el resto de la gente, ¿no estaré mintiendo un poquito? ¿No será más

bien que tenemos miedo, y a veces es más fácil –para no desgastarnos– hacer como que no nos duele? El silencio es una estrategia. El tirar *p'alante* también.

Las compañías

En ese buscar sentirnos aceptadas y reconocidas, solemos preferir la sintonía, la comodidad de sentirnos bien entre quienes se nos parecen. Pero no nos equivoquemos, quien me hace bien muchas veces no es quien más se me parece, sino quien de vez en cuando me revuelve, porque me enfrenta a mis dudas y contradicciones. ¿Cómo revolvernarnos con cuidado, con mimo? Para no querer salir huyendo, para poder crecer juntxs... Escuchar(se), dar tiempo, vivir la incomodidad, no tener miedo... Estar ahí. Aunque, también, saber que a veces salir corriendo es la mejor opción. Y hacerlo.

La culpa, la culpa...

También están las dudas, el comerse el tarro continuamente, el querer ser coherente, y el consiguiente sentirse mal cuando no lo eres. También entonces, cuando te sientes sin fuerzas, desgastada, a veces quieres ser *normal*. Pero, ¿qué es ser coherente? ¿Y si la coherencia tiene que ver menos con la lógica y más con la relación, siempre en constante cambio? ¿Y si me permito ir siendo, ir estando, escuchándome, con mis dudas, mis preguntas sin respuesta, mis respuestas titubeantes... aprendiendo de la experiencia, de lo inesperado, de lo compartido, de lo que aún no sé poner en palabras?

A vueltas con las normas

Como seres sociales siempre creamos normas que establecen la frontera entre lo que es *normal* y no. Es iluso pensar que existimos fuera de ellas, que sólo tenemos que dejarnos llevar y ser «nosotras mismas». Porque no existimos si no es en relación con las otras. Sí podemos pensar en las consecuencias de nuestras decisiones personales. Por ejemplo –y sigo con el mismo ejemplo tonto, pero que tantos quebraderos de cabeza nos da a algunas–, si decidí no dejar de hacer nada por no ir depilada, evidentemente, haré lo mismo al revés, ¿no? Aunque, por supuesto, habrá que detenerse en las consecuencias que tienen unas normas u otras a nivel político y colectivo, en su intencionalidad, su historia... ¿Es lo mismo una norma que busca controlar nuestro cuerpo, limitar nuestros movimientos o encajarnos en modelos rígidos, que otra norma que pretenda lo contrario? No, no es lo mismo. Y, sin embargo, no podemos obviar que a veces nuestras normas también duelen... Así que repensarlas de vez en cuando –y a ser posible también en colectivo–, junto a estereotipos y demás «estrechas avenidas», no estaría mal. Que tire la primera piedra quien no haya criticado alguna vez a otra compañera por no cumplir con nuestro «ideal estético» (y «sólo» haberlo pensado también cuenta). ¿Cómo nos atrevemos a juzgar qué es *normal* y qué no, es decir, quién es aceptable y quién no? No sólo somos juzgadas. También nosotras juzgamos. ¿Con qué criterios, con qué intenciones? ¿Cómo crear normas que no nos encierren ni nos hagan pequeñas?

Aprendizajes

Las feministas sabemos mucho de sentirnos bichos raros, pero también de la fuerza de la compañía: las otras son, tantas veces, un refugio... Claro que, como bien dice una amiga, una cosa es ser *normal* y otra ser gilipollas. Y es que, a veces, como un fogonazo, aun siendo la única distinta, te sientes muy a gusto y te reafirmas: que no, que no quiero ser *normal*. ●

Sobre la ficcionalidad de una frontera: geografías desmesuradas de la carne

Nicolás Cuello

Cuando reviso mi vida, no tengo recuerdos en donde no exista la pregunta o el cuestionamiento sobre mi cuerpo gordo. Es algo que siempre estuvo, y sigue estando. Supe que era gordo cuando alguien me lo dijo, cuando me lo indicaron de manera peyorativa: «¡Andate de acá, gordo maricón!», en palabras de un compañero de la escuela primaria mientras jugábamos en el recreo. Así me enteré cómo iba a nombrarme y tratarme la sociedad de ahí en adelante: como un cuerpo que no puede, que le falta, pero que sobra, que le cuesta, que duda, que calla, que no entra, que tropieza, que molesta, que no avanza, que no *coje*, que es especial, cuya ropa es gris, negra o marrón, que no tiene amig*s, pero que siempre es simpático, que es comprensivo incluso cuando no quiere serlo, y que siempre come por angustia, entre otras cosas. Creo que más o menos, las representaciones de los cuerpos gordos pasan por este espectro de sensaciones, que por supuesto se hacen presentes en situaciones cotidianas, como cuando salgo a comprar ropa, o veo una puerta muy angosta, o te ponen esas sillas que te aprietan un montón, o un pibe que me gusta observa desconfiadamente mi cuerpo.

Muchas personas me dicen: «A vos no se te nota que sos gordo, tenés otra actitud». ¿Cuál es la actitud de una persona gorda? Sucede que además de estar presentes estas formas de discriminación y expulsión para l*s gord*s, hay toda una construcción de la personalidad que siempre está ligada a la sumisión, al respeto, al orden y a la introspección, cargada de duda y rencor. Y cuando uno intenta correrse de esos lugares predeterminados, ahí comienza el conflicto: las personas no se bancan que nos reconozcamos públicamente como gord*s, que digamos que nos gustan nuestros cuerpos, que los mostremos, o que interrumpamos una broma gordofóbica. Eso no significa, por lo menos en mi experiencia, que me interesen sólo las políticas del orgullo, o de la aceptación/asimilación de mi corporalidad. Creo que sirven para poder tomar conciencia política de la importancia de hacer valer nuestras vidas con nuestros cuerpos, pero también me parece igual de significativo mostrar las heridas que portamos, los silencios que nos acorralan, y la inseguridad que nos produce ser expulsad*s; ahí también elijo construir mi política, que por suerte no es sólo mía, sino de varias amig*s y aliad*s con l*s que venimos compartiendo experiencias y una

Somos los cuerpos que tod*s ven pero que poc*s nombran en las dinámicas del deseo, en los pronunciamientos políticos de ese nuevo mundo que estaría por venir.

gran cantidad de imágenes que circulan por las redes que me conectan con personas de las que desconozco sus nombres, pero que están presentes cuestionando las representaciones de los mundos y los cuerpos posibles.

La posibilidad de estas preguntas se da gracias a la relación y a las voces compartidas con es*s otr*s con los que construimos espacios fluidos de escucha, reflexión y acción. Un tráfico amoroso de coraje, entendimiento y de fuerte politicidad, no sólo del cuerpo gordo, sino también de toda la batería de sentimientos que conlleva la visibilidad de nuestras existencias con esta geografía específica de la carne. Geografías complejas, y paradójicas, sometidas a un régimen de extraña invisibilidad por extrema visibilidad. Porque esa es nuestra realidad, somos los cuerpos que tod*s ven pero que poc*s nombran en las dinámicas del deseo, en los pronunciamientos políticos de ese nuevo mundo que estaría por venir. Y si aparecemos, es decir, si nos otorgan el supuesto privilegio de incluirnos, lo hacen de forma eufemística, con adjetivos que suavizan, disimulan y ocultan algo que no tiene fundamento para serlo. La crítica sobre las fronteras de la carne, que estamos trazando muchas personas hoy en Argentina, en distintos espacios, con distintas retóricas y miradas, afortunadamente, está cuestionando las representaciones estigmatizantes, fóbicas y mercantilizadas de las corporalidades, criticando las normas corporales que producen algunos cuerpos como lugares posibles de existencia, y otros como lugares de eterna vergüenza, como heridas permanentes que conducen al silencio y a la soledad. A su vez, hace temblar la idea de que algunos cuerpos son dignos de ser vividos, y que contrariamente caracterizan a otros, en este caso a los cuerpos gordos, como lugares de encierro, reclusión, castigados por la ausencia de deseo, y como existencias ilegítimas de continuada amargura, resentimiento y equívoco.

Personalmente elijo pensar este tipo de opresiones no de manera aislada del resto de nuestros afectos, desafíos y complejidades. La producción normativizada de los cuerpos también está presente y actúa diferencialmente según las condiciones de clase, raza, de nuestro(s)

Entendiendo la fantasía y el deseo (...) como el espacio desde el cual producir una resistencia en la que el placer y la belleza se vuelven un lugar desde el que disputar con la guerra constante a la que se someten material y cognitivamente nuestras vidas.

género(s), nuestras diversas funcionalidades corporales, y las relaciones sexoafectivas que elegimos sostener. Creo que no sólo se trata de discutir con la medicina, y disputar ese sentido

común construido en la patologización de la gordura y en la industria de la dieta, sino de empujar una crítica un poco más allá, que alcance otras partes de nuestras vidas, porque nuestros cuerpos gordos no sólo se hacen presentes cuando vamos al médico. La gordofobia está presente constantemente, en todos y cada uno de los espacios que habitamos: en los objetos que nos rodean, en la ropa que nos compramos, en la vida comercial que nos acecha, en la construcción social de lo deseable por los medios de comunicación, en la construcción de las ciudades, en la circulación de la palabra, en la obtención de trabajo, y en los posibles vínculos sexuales que podemos sostener con otr*s.

Por eso, en mi opinión, la crítica que nos posibilita la reflexión política sobre la desmesura de nuestros cuerpos, no puede quedarse sesgada a disputar sentidos con las patologías alrededor del fenómeno de la «obesidad», sino también preguntar críticamente por ese orden de cuerpos posibles, y justamente, empujar y friccionar el límite en todas sus direcciones, entendiendo la fantasía y el deseo no como un mero dato, sino como el espacio desde el cual producir una resistencia en la que el placer y la belleza se vuelven un lugar desde el que disputar con la guerra constante a la que se someten material y cognitivamente nuestras vidas en una sociedad desbordada de signos apologéticos de corporalidades normadas, de pieles blancas y de futuros contruidos por las potencias del consumo.

Ensayar una política visual imaginativa y fantasiosa, entregad*s a la deriva esperanzada de abrir camino para otra experiencia emocional de nuestras potencias, posibilidades y deseos, reconociendo las particularidades en las que estamos inscript*s, elaborando mapas y archivos del sentir en cada geografía de la carne gorda que portamos como un programa político que supone y se sostiene por el afecto de la multitud de nuestras alianzas, esas arquitecturas en las que confiamos nuestros derrumbes. Estas estrategias quizás puedan ayudarnos a desnaturalizar que nuestras existencias como gord*s estén privadas de placer, afectos, belleza, y apropiarnos de esos lugares de los que se nos priva, para ocuparlos como espacios propios de enunciación política, desde donde poder inventarnos otra vez, sin patrones, sin normatividades asfixiantes, y con alianzas suficientes para seguir cuestionando un mundo que continua siendo patriarcal, heterosexual, blanco, y corporalmente esbelto, fibroso y «saludable». ●

Saberes puteriles y transgresión femenina

isabel holgado fernández | antropóloga feminista, activista proderechos en la prostitución y coordinadora del Colectivo Al Hanan de Barcelona.

Yo trabajo acostada pero cobro de pie.

Alma Ahmed

Si alguna vez llegué a tener remordimientos, nunca tuve arrepentimientos.

Neil Kimball

La formidable maquinaria punitiva en torno a la prostitución, sostenida por mitos y falacias de poderosa eficacia, vinculados invariablemente a la desdicha y la «perdición» femeninas, nos impide ver las experiencias de emancipación y transgresión feminista presentes también en el puterío. El rótulo «prostituta» también conjuga con independencia, con el rechazo a un modelo sexual violento y monogamocéntrico, con el ansia de libertad y la elección deliberada de resistencia frente a la violencia normalizada y los horizontes domésticos chiquitos... o previsibles. No he conocido un feminismo más fiero, radical y alegre en ningún otro *locus*. Tampoco un colectivo de mujeres tan ferozmente perseguido, incluso por sus propias congéneres.

La *PUTA* es el anti-modelo del poder patriarcal para «las buenas mujeres», lo que dice mucho del enorme componente disidente y transgresor que estas «hijas díscolas» del patriarcado llevan en sus alas, hecho carne en la palabra *PUTA*, convertida en escupitajo para denigrar a cualquier mujer que transgrede los límites patriarcales, a las mujeres en «flagrante delito de independencia»¹.

Históricamente, el poder se ha centrado en perseguir a las numerosas mujeres clandestinas que han tratado de trabajar sin amos y sin ser inscritas en los registros. Desde las *prostibulae* romanas a las mujeres inmigrantes actuales, la represión siempre se cebó en las mujeres más pobres, pero también en las más transgresoras o «abiertamente putas», como dice Mónica, prostituta del Barrio Chino de Barcelona.

¹PHETERSON, Gail (2013), *Mujeres en flagrante delito de independencia*, Barcelona, Bellaterra.

Esto es, la represión sobre quienes trabajan en el espacio público y no se parapetan tras espacios o roles «decentes». Las que violan el «derecho a no ver» de la ciudadanía biempensante.

La perenne represión sobre sus vidas no ha significado, sin embargo, domesticación. Al contrario, en el comercio del sexo negocian también mujeres rebeldes, de voluntad fuerte e independiente, que utilizan su facultad sexual para defender y ampliar los márgenes de su libertad y autonomía, celebrando su capital erótico y asumiendo el costo de su decisión. Las hetairas fueron las mujeres más libres de la Antigua Grecia y hoy en día las mujeres prostitutas entre los hausa de Nigeria se llaman *karawa*, mujeres libres.

Yo le tengo verdadera alergia al matrimonio. Peor, me parece una pesadilla, un infierno. Siempre me ha gustado mucho divertirme. Lo que más odio en la vida es ser ama de casa; cansa mucho, no te gratifican y es muy esclavo. Siempre me gustó ir con varios hombres. ¿Para qué voy a ser de uno sólo si la vida es breve? ¿Y por qué voy a hacerlo gratis si puedo cobrar? Mónica, *la Princesa*, Barcelona².

² Mónica, mujer prostituta en el Barrio Chino barcelonés, participa en numerosas conversaciones con la autora.

Antes del diluvio patriarcal, el sexo y las prostitutas se asociaban al conocimiento, a la divinidad y al placer porque sí. Según Commeleran, el origen de la palabra *puta* viene del griego *budza*, que en el siglo XI a.C. significaba sabiduría. Ishtar, la diosa babilónica protectora de las prostitutas, devino en Afrodita, la diosa más popular y venerada por el pueblo griego, que sabía mucho de cómo gobernar desde el lecho, y ¡sin culpa! Mientras el grueso de las mujeres vivía en la ignorancia y la reclusión, las hieródulas romanas instruían a los hombres en el arte amatorio y accedían al poder; los recursos, la educación y la libertad sexual a través del *negocio del amor*. Putas ilustres e ilustradas fueron: Aspasia de Mileto, cortesana y culta, la mujer más influyente del siglo V a.C.; Verónica Franco, mujer ilustradísima, poeta veneciana del siglo XVI, ejemplo de *cortegiana onesta*, amiga y consejera de hombres de Estado; o Madame Pompadour, amante de Luis XV. Por ejemplo, entre libros, conversación y sábanas se gestó la extraordinaria historia de amor de la Francia ilustrada entre Émilie du Châtelet, matemática, cortesana y *salonnière* y Voltaire.

Otro de los grandes aportes puteriles tiene que ver con la posibilidad de vivir el sexo, el cuerpo y el deseo con naturalidad y poderío, sin el asco y la vergüenza inoculados al conjunto de las mujeres. Mientras que las mujeres «virtuosas» debían pensar sus cuerpos

La formidable maquinaria punitiva en torno a la prostitución, sostenida por mitos y falacias de poderosa eficacia vinculados invariablemente a la desdicha y la «perdición» femeninas, nos impide ver las experiencias de emancipación y transgresión feminista presentes en el puterío.

como «cadáveres llenos de gusanos» para aplacar el deseo, algunas prostitutas entendieron el sexo como fuerza positiva fundamental, desacreditando el sufrimiento y desvinculando el cuerpo y el placer de la culpa y el pecado asociados a la sexualidad femenina. Conocedoras del arte de aceptar su cuerpo y cuidarlo, por las casas de citas y burdeles pasaban en primicia encajes, sedas, terciopelos, aceites de

belleza y perfumes, calzados, juguetes sexuales, técnicas de profilaxis y métodos abortivos.

Mientras las mujeres decentes salvaguardaban su honra en sus «cárceles de oro», las mujeres prostitutas se convertían en ciudadanas del mundo. El propio estigma las forzó a viajar para gestionar su reputación; la búsqueda de población masculina y su deseo de conocer hicieron el resto. En torno al siglo V a. C., las mujeres de Mileto viajaron a Atenas, centro intelectual del mundo egeo, huyendo del avance persa y llevando consigo su educación y sus artes amatorias. En el Medievo, muchas mujeres ambulantes se buscaban el dinero entre los hombres viajeros: peregrinos, soldados, comerciantes; Neil Kimball emigró para aprender el oficio y dirigir burdeles en New Orleans y San Francisco en el siglo XIX; Barcelona acogía en los 70' a las mujeres extranjeras, denominadas *gaviotas*, que seguían a los *marines* por los diferentes puertos mediterráneos. Margarita, Francisca, Nadja... han caminado el mundo en busca de aventura y pan, con su facultad sexual como pasaporte.

Las mujeres prostitutas también fueron precursoras en denunciar la violencia del Estado (las «mujeres de partido» del siglo XVI ante el Rey por los abusos en las mancebías, las prostitutas obreras en el XIX o las prostitutas indignadas del siglo XXI) y luchar contra la criminalización de sus formas de vida. En nuestra época, Gabriela Leite, Carla Corso, Neil Kimball, Grisélidis Réal, Margarita Carreras, Pia Covre, Elena Reynaga, Margo St. James, Montse Neira... son nombres de mujeres prostitutas indispensables en la genealogía puteril feminista. Las prostitutas, como apuntaba Marjan Sax, plantean las mismas demandas que las feministas: aspiran al derecho al trabajo, a recibir protección contra la violencia y a una vida sexual en la forma en que cada cual prefiera. Y éstas son cuestiones importantes para el feminismo, así que la lucha es la misma. ●

La polilla, la cucaracha y la mosca

Delfina Cabrera

Tres insectos, tres protagonistas y tres relatos. Virginia Woolf, Clarice Lispector y Marguerite Duras los imaginaron en tiempos y espacios distantes entre sí. Pero, para nuestra sorpresa, no hallaremos en ellos ninguna metamorfosis sino varias fugas y tres mujeres que se encuentran en la experiencia de la escritura.

¹ WOOLF, Virginia (1942), «The Death of the Moth». En *The Death of the Moth and Other Essays*, London, Hogarth Press. Esta cita y todas las que siguen, son traducciones mías.

² LISPECTOR, Clarice (1988 [1964]), *A paixão segundo G.H.*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira.

Comencemos en 1941. Una polilla irrumpe en el cuarto propio una mañana de septiembre. Criatura híbrida, era menos alegre que una mariposa y casi tan gris como las que esperan por las noches a la sombra de los cortinados. Afuera, el campo había sido arado y quedaba el olor a tierra revuelta. Los pájaros, los caballos y los campesinos se veían vigorosos desde el marco de la ventana. Era difícil mantener los ojos en el libro, escribía Virginia, ante el despliegue de tanta energía. Más cerca, la polilla chocaba una y otra vez contra el mismo vidrio. Había algo maravilloso y patético en ella: «era como si alguien hubiera tomado una gota de vida pura para cubrirla, del modo más liviano posible, de plumas y de finísimas alas»¹. En un baile frenético, su cuerpo frágil y diminuto le recordaba, puertas adentro, la extrañeza de estar viva.

La polilla cayó de espaldas cuando por fin la había olvidado. Ya era mediodía y el trabajo en el campo terminaba. Los pájaros se habían ido y los caballos permanecían quietos. Trató de ayudarla a levantarse con el lápiz, pero se dio cuenta de que la caída anunciaba la muerte, y lo apoyó de nuevo.

Años después, G.H. entra en otra habitación, tan suya como ajena, y mientras la recorre grita, o cree hacerlo, porque el grito queda latiéndole en el pecho: «No. No era nada. Era una cucaracha que se movía lentamente hacia la rendija»². Esa vida anterior a lo humano, como la llama Clarice, le hizo descubrir que el cuarto muerto era en verdad potente. Una gota de materia, una presencia ardiente, el proceso de la vida toda. El asco y el temor espejados no estaba tan lejos de ella misma, porque «¿cuál es el único sentimiento de una cucaracha? La atención de vivir, inextricable, su cuerpo».

Primero vio cómo se asomaban las antenas, y de a poco fue observándola entera, oscura, enorme. Aterrorizada, la aplastó de un golpe seco con la puerta; vio su boca antigua como una leyenda, se pasó la lengua por los labios ásperos, cerró sus ojos de escultora, y se la comió.

³ DURAS, Marguerite (1993), *Écrire*, Paris, Gallimard.

Frente a una cámara, pero en otra década, Marguerite habla, también sola, en la casa donde escribe. Ve morir una mosca durante diez o quince minutos. Trata de comprender de dónde viene esa muerte: del exterior, piensa, del muro, del suelo, de la noche, del cielo; quizás de ella. Pero no recuerda. «La muerte de una mosca, es la muerte... Vemos morir un perro, vemos morir un caballo, y decimos algo, pobre bestia, por ejemplo. Pero que una mosca muera, nada, no decimos nada. Ahora está escrito»³. Tenemos el derecho a escribir mirando morir una mosca, dice, a escribir el sentido inaccesible y el espanto de estar escribiendo.

Tres escritoras, tres insectos y tres relatos sostenidos en el vértice que une precario el adentro y el afuera, el cuerpo propio y el impropio, el arte y la vida. A diferencia del Gregor Samsa de Kafka, la transgresión no es metamorfosearse en otra especie. Tampoco los insectos se transforman sino que mueren en la habitación junto a ellas. Sus irrupciones y sus muertes muestran nada menos que la transgresión del acto de escribir.

Virginia Woolf, Clarice Lispector y Marguerite Duras subvierten el sujeto de la escritura, esto es, quién tiene derecho a escribir y sobre qué. Establecen un vínculo tensionado (asombro, deseo, repugnancia, pena) con otra forma de vida que escapa, al igual que ellas, a más de una ley. Se trata de un encuentro que no puede traducirse en el lenguaje conocido, de ahí el valor de escribirlo.

Si escribir perturba, estas tres mujeres crean con esa perturbación y desde ella. Provocan estrías en la gramática aprendida sin la necesidad de «narrar» lo vivido. Por el contrario, sus textos se proponen ellos mismos como experiencia: Virginia percibe que su lápiz no puede revivir la polilla, sólo podrá escribir esa agonía acompañándola.

Es esta afectación con los insectos la que desencadena el relato. Ellas pueden habitar el lugar de los insectos sin reemplazarlos, y por eso, precisamente, es que escriben de otra forma: desde el vórtice y el vértigo que une la vida, la muerte y la literatura. 🌀

Sirena

Sara Fernández



Marcos Salas (badblood)

Tarde de verano, no hay nadie en las calles. Nadie soportaría el intenso calor que sube desde el asfalto ni aguantaría al sol más de cinco minutos sin deshidratarse. Normal, es agosto. Agosto andaluz. Nadie da voces en agosto a la hora de la siesta. Tumbada en mi sofá, oigo el agudo e intermitente sonido de las chicharras que se tuestan al sol y el silencio de las siestas ajenas. Yo, medio dormida, cierro los ojos y puedo sentirte.

■ *Imagino cómo cae despacio todo tu cuerpo en mi espalda. Estás sudada y salada. Salada como una sirena. Me flipan las sirenas. Se mueven en el agua como tú mueves tus dedos dentro de mí. Ágiles sirenas buceando en las profundidades, explorando el abismo marino. Como tú haces conmigo. Me vuelvo agua con tus dedos, me saboreas hecha agua en tu lengua. Porque tú eres el mar, Marina.*

■ Mientras te imagino sirena, mis dedos corren por mi cuerpo sudado. Mi vulva, húmeda, palpita deseante cuando acaricio mi clítoris. Círculos pequeños, concéntricos, que lo ponen erecto, muy duro. Lo toco suavemente, sólo con la punta de mis dedos. Dibujándome con las yemas empapadas, el lugar donde habita toda la energía de este universo.

■ *–Quieta, sirena pelirroja. Para, que quiero verte–. Sentadas de rodillas nos miramos a los ojos. –Déjame verte empapada en sudor y respirar mientras jadeas tu aliento caliente. Bésame. Déjame comerte entera, coger tu carita traviesa y quitarte el pelo rojo que no me deja que te vea. Mírame. Bonita. Mmm... te como.*

■ *Hundidas entre los cojines nos comemos la boca, tan suaves y tan salvajes, que nos mordemos los labios. Sabes a hierro. Yo, como una perra que huele la sangre, rebusco entre tus labios el sabor de tus heridas.*

■ *Muerdo tu infinito cuello con pequeños pero fuertes bocados mientras me regodeo tocando tus suaves pechos. Tus preciosas tetas en mi boca. Me flipan, sirena. Me muero de placer comiéndote. Siento tu respiración intensa, tu corazón palpita cada vez más fuerte al mismo tiempo que mi lengua te saborea empapando tus duros pezones.*

■ Calor intenso. Dejo de tocarme por un momento. Me levanto del sofá, estoy muy sudada. Voy a la cocina y bebo agua. Después, entro en el dormitorio y busco entre mis bragas hasta que encuentro lo que quiero: *plug* de acero, lubricante y mis pinzas para los pezones. Ahora sí. Ya voy, sirena.

■ *Te imagino tumbada en el sofá, tocándote la vulva mientras esperas que yo vuelva. Yo, de pie, te enseño todo lo que traigo y tú sonríes, porque te encanta cuando nos divertimos con nuestros juguetes. Coges las pinzas, las abres y me dices que me sienta frente a ti. Suavemente me pellizcas los pezones, que se ponen duros poco a poco mientras los tocas con los dedos que humedeces con mi boca. Los chupas, los lames. Yo no puedo parar de gemir. ¡Qué boca tienes! Me encanta cuando me comes así.*

■ *Me colocas una pinza en mi pezón derecho y suavemente vas apretando la clavija para que quede bien sujeta. Yo contengo la respiración y espero ansiosa la sensación tan placentera del dolor constante. Gimo, respiro. Te lamo la cara mientras lo haces.*

■ Mis pechos duros ahora quieren caña. Me coloco suavemente una pinza en el pecho derecho mientras estímulo a pellizcos mi pezón izquierdo. Duele. Me encanta.

■ *Imagino que la cadena que une las pinzas tira suavemente de mis pezones cada vez que me muevo. Es una sensación tan dulce como intensa, placentera, dolorosa. Me tumbas y miras mi rostro expectante mientras comienzas a tocarme suavemente todo el cuerpo. Me besas en la boca, lames mi piel hasta llegar al ombligo. Con la punta de tu lengua repasas centímetro a centímetro mi cuerpo hasta llegar cerca de mi vulva. Te detienes. Me estremezco cada vez que siento el aire salir de tu boca. Mi vulva en tu boca. Me sientes salada, deliciosa. Besas mis labios lentamente a la vez que metes la puntita de tu dedo en mi vagina. Y yo me muevo al mismo ritmo que tus labios. Me derrito al mismo ritmo que tus dedos.*

■ Cojo el lubricante, lo abro mientras sujeto ágil la gota que se derrama. En la otra mano noto el frío acero del *plug*. Lo embadurno bien y me preparo para sentirlo bien empapado. Tumbada juego con mis dedos mojados dibujando círculos en mi ano. Presiono suave y suelto. Sigo estimulando tranquilamente mi culo hasta que me siento preparada. Un dedo entra suavemente sin prisas y sale muy despacio. Otra vez. Respiro lentamente y disfruto de las breves pero brutales sensaciones anales. Ahora introduzco suavemente el *plug* hasta que siento el duro acero dentro de mí. Siento cómo va entrando solo, sin ayuda, suave pero intenso y, mientras respiro, no puedo contener los gemidos.

■ *Me incorporo, desde aquí te imagino tan bonita, tan mojada de mi coño. Cojo tu mano y empujo suavemente otro dedo dentro de mí. Me balanceo entre tus dedos. Tú me metes otro. Y otro. Yo me retuerzo de placer. Quiero más. Quiero que me follen tus dedos, quiero follarme tu mano. Tú lo sabes. Me sientes. Y vas metiendo suavemente el cuarto dedo, empujando fuerte tu mano lubricada. Yo no quiero que pares, quiero sentirte dentro. Me levanto, me abro de piernas y te ayudo empujando hacia abajo hasta que puedas follarme entera. Mmmm... Entera.*

■ Como una perra, a cuatro patas, me balanceo y siento la cadena de las pinzas moverse al mismo ritmo. Siento intensamente mi culo con cada movimiento del *plug* dentro de mí. Apoyada sobre un hombro, acaricio mi clítoris, sólo con la punta de los dedos. Círculos suaves de placer que me están volviendo loca. Jadeo, gimo... respiro mientras imagino a mi sirena follándome con su mano.👊

Ser lesbiana en una cultura tan supramachista-capitalista-misógina-racista-homofóbica e imperialista, es un acto de resistencia, una resistencia que debe ser acogida a través del mundo por todas las fuerzas progresistas. (...) La lesbiana, esa mujer «que ha tomado a otra mujer como amante» ha logrado resistir el imperialismo del amo en esa esfera de su vida. La lesbiana ha descolonizado su cuerpo. Ella ha rechazado una vida de servidumbre que es implícita en las relaciones heterosexistas/heterosexuales occidentales y ha aceptado el potencial de la mutualidad en una relación lésbica (Clarke, 1988).

Inés Herrero Riesgo

No somos amigas, nos comemos el coño

¹ Sigue habiendo personas que recurren a un discurso esencialista para dar sentido a su orientación sexual. Para mí, ésta es una elección.

² Acepiones de «tolerar» por la RAE: «1. Sufrir, llevar con paciencia. 2. Permitir algo que no se tiene por lícito, sin aprobarlo expresamente».

³ Un ejemplo de esto sería la legalización del matrimonio homosexual: está bien tener los mismos derechos, pero entonces también caemos en las mismas lógicas...



Heterosexualidad: modo de vida «obligatorio»

¿Es el lesbianismo realmente una opción sexual¹?, se planteaba Adrienne Rich en los años 80'. No parece que lo sea, teniendo en cuenta nuestra socialización. Desde pequeñxs hemos aprendido que la heterosexual es la única conducta adecuada, es la perfecta y normalizada, por lo que cualquier otra

que se sale de esta norma se tiene por «desviada» y «pervertida». Tanto es así que incluso la heterosexualidad se considera «natural», lo que patologiza al resto.

Nos encontramos con que hay una jerarquía dentro de las sexualidades, donde la heterosexualidad está en la cima (y más si es monógama y está orientada a la reproducción), disfrutando de ciertos privilegios, mientras que las demás son discriminadas, estigmatizadas e invisibilizadas. Con esto, la posibilidad erótica lesbiana brilla por su ausencia, lo que limita enormemente la capacidad y la libertad de elegir.

La existencia lesbiana como transgresión al orden heteropatriarcal

El mensaje hoy día es que el lesbianismo (y la homosexualidad en general) está aceptado socialmente, normalizado, que cada cual es libre de tener la orientación que sea y vivir su sexualidad como le dé la gana. Porque no está bien visto, en una sociedad «avanzada», neoliberal y del «primer mundo» como es ésta, que su gente no se manifieste «tolerante²» con la diversidad sexual. Hay un intento de normalización que, en realidad, no acaba con las desigualdades, y que, menos aún, cuestiona las bases fundamentales sobre las que se asienta y sustenta el patriarcado. Esta tentativa tampoco nos incluye, cosa que ni de lejos me interesa, si es que tiene como resultado caer dentro de las lógicas heterosexuales y seguir perpetuando el sistema machista y capitalista en el que vivimos³.

Contar historias lésbicas, visibilizar(nos)

Me parece importante visibilizar todas las sexualidades que se salgan de la norma para crear otros paradigmas, y porque ya está bien de trivializar los deseos y la sexualidad femenina. Pero también soy consciente de que muchas veces no es fácil y nos topamos con experiencias tormentosas y conflictivas. Yo, por suerte, no he vivido una lesbofobia hostil en mi piel: algún encontronazo con algún que otro gilipollas y el hecho, eso sí, de ser un tema tabú en casa, en la familia. No hablar de ello es como que no existe, lo que no se menciona quiere pasar desapercibido. Pero claro: el silencio también duele. Que quepa la posibilidad de que esto sea una racha o una moda y que «en algún momento se

Porque no está bien visto, en una sociedad «avanzada», neoliberal y del «primer mundo» como es ésta, que su gente no se manifieste «tolerante» con la diversidad sexual

me pasará» parece que tranquiliza. Nadie cuestionaría mi identidad sexual si yo fuera hetero.

En relación con esto, hace poco le escuché decir a Ana Francis Mor⁴ algo así como que todo el mundo quiere que seas lesbiana sólo en tu cama, si acaso, pero que el resto lo hagas como heterosexual. Y así es: que en tu trabajo finjas ser heterosexual, en tu indumentaria también, que te pongas adornos, te maquilles, seas femenina y cumplas con los roles que te han sido asignados sin tú ser muy consciente. Vamos, que hagas lo que se espera de una *mujer de verdad*.

Soy lesbiana, estoy lesbiana, o... ¿de qué va esto?

¿Es la orientación, el deseo, algo estático? ¿Es que una nace lesbiana? ¿Qué es *ser lesbiana*? ¿Y *ser mujer*?

Para mí, nombrarme lesbiana, o mejor, *bollera*⁵, tiene que ver con convicciones políticas. No lo tomo como identidad esencialista, como característica fija de ciertas personas, sino que intento utilizar esta etiqueta para lograr una articulación política y subvertir la heterosexualidad *obligatoria* de la que hablaba antes. Para visibilizarnos, ocupar un espacio en lo público y reivindicar de este modo otras formas de relacionarnos, que no sean en esa esfera de dependencia emocional, económica y sociocultural con un varón⁶.

Utilizo esta etiqueta, sí, aun a sabiendas de que las etiquetas excluyen y limitan, de que se inventan para marcar desigualdades y que son creadas por «el enemigo». Consciente, me reapropio del término de esta manera. Y es algo que me empodera y me da agencia. Es algo que seguiré vitoreando con un halo de felicidad en cada espacio feminista: «¡bollera, yo soy bollera, por mucho tiempo, la vida entera!». 🍷



⁴ Ana Francis Mor es feminista, artista, cabaretera y autora del *Manual de la buena lesbiana*. Entrevista en: <http://www.pikaramagazine.com/2014/09/no-es-tan-facil-distribuir-un-libro-que-lleva-la-palabra-lesbiana-en-la-portada/>

⁵ El término «lesbiana» de algún modo lo veo como más institucionalizado, una figura *tolerada*. Por eso, siempre preferí llamarme «bollera», escapa más de las lógicas heteropatriarcales y es más escurridizo.

⁶ También te puedes relacionar sexo-afectivamente con varones y luchar contra el patriarcado... Ésta es sólo una (mi) forma de hacerlo.





Eva Martínez

¿Se buscan mujeres activistas?

¿Qué puede ser más transgresor que una mujer ocupando un lugar que le está vetado *por naturaleza*? ¿Pervirtiendo los mandatos de género de la sociedad patriarcal?

En 1985 tuvo lugar una manifestación delante del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Un grupo de mujeres, con las caras cubiertas con máscaras de King Kong, denunciaba el nulo reconocimiento de las artistas en los museos. Eran, son, las *Guerrilla Girls*.

En 1989 colocaron un cartel frente al Museo Metropolitano, también en Nueva York, en el que se podía leer: «¿Tienen las mujeres que estar desnudas para entrar en el *Met. Museum*? Menos del 5% de los artistas en las secciones de Arte Moderno son mujeres, pero un 85% de los desnudos son femeninos».

Las reflexiones que apunto a continuación son breves trazos de brocha gorda que pueden servir para repensarnos –una vez más– como mujeres en los distintos espacios de lucha en las calles y en las casas. Como brochazos que son, manchan un poco la superficie de las dudas y los resquemores cotidianos que nos atraviesan. Pero también celebran esos pasos que se van dando.

En un mundo donde el lenguaje y el nombrar las cosas es poder, el silencio es opresión y violencia.

Adrienne Rich

Cada vez que me he encontrado ante un grupo de mujeres dispuestas a organizarse y trabajar juntas me he quedado enganchada a su historia y con ganas de compartirla, de aprender de errores y aciertos, disfrutando esa sensación de pertenencia y complicidad que se palpa a su alrededor. Y esa red tejida de experiencias compartidas...

No quiero volver a casa

No es momento para hacer un recorrido por la historia de los feminismos reivindicando las distintas luchas de tantas mujeres cruciales para nuestro presente, pero sí de recordar que a pesar de todo lo que queda por delante, cada día se dan pequeños pasos a nuestro alrededor, pasos que parecen verdaderos saltos al vacío.

¹ Para una información más detallada de esta lucha: «Los lunes a la plancha». *La Madeja* n.º1, 2010.

En 2007 un grupo de trabajadoras de una empresa de lavandería¹ inicia una huelga indefinida para protestar por unas condiciones laborales de precariedad extrema. Ninguna de ellas tenía experiencia militante. Nunca habían salido a la calle para decir nada en nombre propio, ni habían escrito o hablado para otras. Tenían en contra a la empresa, a una parte de sus compañeras e incluso se enfrentaban a la incompreensión de sus familias. El conflicto dura unos meses durante los que organizan marchas, concentraciones, reparto de panfletos, charlas para explicar su situación y, poco a poco, empiezan a sentirse cómodas en ese espacio nuevo para ellas. Consiguen romper la separación entre la esfera privada –en muchas ocasiones también se puede considerar como tal el lugar de trabajo– y la esfera pública, que hasta ese momento les había estado vedada. Y ya no pueden volver atrás.

Una vez perdidos los miedos y las inseguridades se sienten contentas y libres en esta nueva piel. Reconocen que había un mundo totalmente desconocido para ellas del que no quieren perderse nada. ¿Quién quiere volver a la rutina cotidiana de la casa y el trabajo habiendo tantas experiencias por conocer y compartir?

Para esas mujeres transgresoras el coste puede ser muy alto. Con emoción y una fuerza impresionante, algunas explicaban que una vez terminado el conflicto ya no podían ser las de antes. Necesitaban saber, hacer, compartir lo aprendido y lo vivido. Y sin embargo no había, quizás no hay aún, un sitio para ellas. A algunas les ha costado, además del trabajo, el rechazo de compañeras con más miedos o la ruptura de una relación que no pudo resistir una subversión de roles; las miradas culpabilizadoras de madres o hijxs que demandaban tiempos y cuidados difícilmente compatibles. En fin, la incompreensión que nunca sentirían sus compañeros.

¿Conseguirán todas esas dificultades devolvernos *a casa*? ¿Cuál será ese sitio al que llamar *nuestro*?

Con el paso del tiempo me las he vuelto a encontrar en la calle. En *mareas* y marchas, siempre sonrientes y acogedoras, dispuestas a permanecer en ese espacio ganado a pulso con cada paso.

Y no son las únicas. Para nuestra alegría son muchas las mujeres que nos van enseñando esas sendas, en las que a veces dejan huellas apenas visibles. Hace unos meses me encontré con más de esas caminantes silenciosas. Viven en un pueblo pequeño y son incansables tejedoras de la vida, de las relaciones y de los afectos de ese lugar. Llevan a cabo proyectos de autogestión, de apoyo a otras mujeres, de cuidado del entorno...

En el poco tiempo que pude compartir con ellas me acogieron en sus casas, hablamos de nuestras peleas cotidianas, me enseñaron cada espacio de trabajo en el que participan y me recordaron que las luchas también son encuentro, risas, complicidades. Todo parecía fluir naturalmente a su alrededor y, sin embargo, tras los detalles y el conocimiento de cada problemática que relataban, podía ver tantas horas de trabajo y tantas esperanzas de que éste sirviera para que sus hijas tuvieran la oportunidad de vivir otro mundo mejor.

Nos despedimos emocionadas, pero sus cabezas ya estaban en la *mani* de la marea blanca de la tarde y en el viaje del verano a los campamentos saharauis.

¿Luz de gas?²

La asamblea comienza a las ocho y se alarga hasta las doce de la noche. Lentamente la sala se vacía hasta quedar los de siempre. Las largas intervenciones, repetitivas en su mayoría, no dejan mucha opción a las compañeras que acaban de llegar y aún temen meter la pata o *decir tonterías*. A veces hay que gritar para que te escuchen.

Y sin embargo parece tan fácil eso de acercarse y participar. Para nosotras es un poco más complicado, de nuevo. A veces está implícito el hecho de que debemos ocupar los espacios como lo harían los hombres. Pero no todas podemos ni tampoco queremos.

Se nos recuerda muy a menudo, y de muchas formas casi imperceptibles, que estamos en un *espacio prestado*. Contestas al teléfono y te preguntan por *el jefe*. Organizas una charla y quieren saber qué tipo estará en la mesa contigo. Acabas de explicar el trabajo que has hecho y al minuto siguiente se lo adjudican al compañero...

¿Estás diciendo que hay que crear cuotas de participación? ¿No crees que las personas *–personas–* más válidas son las más escuchadas? ¿Quién te manda tener hijxs? ¿Quién te pide que cuides? Éste ya no es el siglo pasado. Somos iguales.

Lástima que unos sean más iguales que otras. Lástima que esas reflexiones, que rascan, se vean siempre como un ataque y no como una propuesta de debate abierto.

Estamos un poco hartas de que una parte de nuestras energías se vaya en disputar los espacios públicos porque hace mucho tiempo que formamos parte de ellos. Pero seguimos sin encontrarnos del todo a gusto y nos cuestionamos a nosotras mismas más que a las estructuras de poder que tratan de mantenernos fuera. Y a veces tratamos de *superarnos* y empujarnos a ser otras.

Pero esto no es una competición ni un pulso. No queremos ser más militantes, feministas, radicales que nadie. Queremos cuestionar la toma de decisiones; las voces que hablan de o por nosotras; las miradas que nos cosifican y etiquetan; los parámetros que miden nuestros compromisos y luchas; las reglas implícitas que nos dicen dónde estar, cómo y con quién...

Sabemos que queda mucho por hablar y compartir en estos tiempos cambiantes donde nos vamos repensando y construyendo entre todas. Seguiremos necesitando espacios propios en los que aprender y empoderarnos, pero nunca renunciaremos a los otros, los colectivos, donde se oirán nuestras voces fuertes y claras.

Y ahí sigue la calle, más nuestra que nunca, para el encuentro y las ganas de lucha. Y en ella nos veremos. 🌀

² *Hacer luz de gas* es una expresión que viene de la película de mediados de los 40' *Gaslight*. En ella el protagonista hace pensar a su mujer que está loca cambiando de sitio objetos de su entorno, insistiendo en que está equivocada o que va perdiendo la memoria. Posteriormente la psicología adopta el término *gaslighting* para describir la manipulación del sentido de la realidad de otra persona.

Cuando me hice egoísta, cuando empecé a poner límites, cuando me dediqué a invertir tiempo en mí, cuando entendí la libertad, mi cuerpo se hizo liviano.
Jamileth Chavarría.

«Hay que ser transgresora para tener vida propia»

Susana Albarrán Méndez

A veces es sólo un pequeño gesto el que nos puede llevar muy lejos y, a veces, no exactamente a donde imaginábamos. Traspasar el umbral porque apetece o porque estamos hartas de una situación que nos condena y se hace urgente la fuga. Porque tenemos un sueño, un deseo profundo. Eso sí, si transgredes no se vuelve atrás.

Éste es un relato a tres voces de mujeres migrantes –expertas en cuidados– residentes en España, quienes narran en propias palabras los momentos vitales que significaron romper con un destino ineludible.

(J) Jamileth, nicaragüense de Paiwas. Allí fundó la emisora «Palabra de Mujer» y el personaje la *Bruja Mensajera*, que hablaba sobre las mujeres y sus derechos y denunciaba casos de violencia de género. En España ha estudiado teatro y creado Las Brujas Migrantes¹. Mientras tanto, trabaja cuidando a un ex bombero de 90 años y ya piensa en escribir su primera novela.

(Al) Alicia, salvadoreña de Olocuiltla. Iba para monja sólo para cumplir su deseo de estudiar. Llegó hasta la universidad, que abandonó cuando se hizo del movimiento armado. Formó a bases entre el campesinado haciéndose pasar por vendedora de telas. Huyendo de una emboscada perdió a su hija, a quien recuperó dos años después, en el exilio. Ha cuidado a niñ@s y personas mayores, acumulando mucha experiencia. Como buena olocuiltense cocina ricas *pupusas*².

(Am) Amalia, ecuatoriana de Guayaquil. Quería ser atleta, era la mejor de su colegio hasta que no la dejaron seguir. Se hizo modistilla de jovencita hasta tener su propio taller. Ha trabajado cuidando a personas mayores. Después de tres años de estudio acaba de recibir su diploma en terapia gestáltica. Ahora piensa en ir a la universidad.

¹ Grupo teatral que con textos ácidos y feministas reflexiona sobre la situación de mujeres migrantes en España.

² Tortilla de maíz rellena, típica de El Salvador. Olocuiltla, se dice, es la cuna de las pupusas de harina de arroz.



De jovencitas...

(AI) Yo lo que quería era estudiar y, con muchos sacrificios de mi madre, cursé hasta sexto grado. Ese último año, me puse a hacer cosas mías para vender. Con ese dinero me pagué mi *plan básico*³. Pensaba en hacer bachillerato, pero no había en el pueblo. En la escuela parroquial veía a los seminaristas leyendo y como muy estudiosos. De allí me vino la idea de hablar con el cura para decirle que quería ser monja: «¿Allí me van a poner a estudiar, no?». «Claro». En 3° de bachillerato me di cuenta que no tenía vocación.

(Am) Lo del atletismo era algo innato en mí. En las materias de la escuela no era muy aplicada ni disciplinada pero en mis carreras sí. Competía con otras escuelas a nivel nacional y siempre era una de las primeras. Mi madre decía que no le veía futuro a eso. Ahí se me quitó la oportunidad de hacer lo que yo hubiese querido...

(J) Tuve una novia a los 14 años. Nos veíamos en los baños de la escuela. Una vez, yo nadaba en el río y me caí en un hoyo. Me ahogaba y ella me sacó. Me dio la respiración boca a boca para salvarme. Luego, los besos, que se fueron haciendo más conscientes y se sentía rico. Pero mi hermano nos descubrió. Entonces, me hizo hacerle todas sus cosas a cambio de no delatarme. Yo, con el miedo, no supe más de ella.

Madurando...

(J) Cuando tenía 23 años empezaron las primeras *operaciones quirúrgicas*⁴ en mi pueblo. Para animar a las otras mujeres me fui a operar. Me decían que se necesitaba la firma de mi pareja o que era muy joven. Yo les dije: «O me operan o les monto una...» y me operaron. Me decían sobre los posibles trastornos hormonales, pero eso no me importaba, sino ser dueña de mi cuerpo, decidir sobre él. Son esas cosas que te atrevés a hacer porque tienes que demostrar que no sos «de» sino que sos «vos misma».

(AI) Terminé el bachillerato, ya fuera del convento, y llegué hasta 3º de sociología. Era el tiempo en que en la universidad había cárceles y se luchaba por la libertad de compañer@s. Pasábamos más tiempo en la calle y en asambleas que en clase. Así me incorporo en la organización universitaria UR-19 y comienzo mi militancia. La organización me mandó a trabajar al campo por la necesidad de concientizar a toda esa gente.

(Am) Desde pequeña me gustaba coser e inventar. Los vestidos los desbarataba y armaba de otra manera, todo a mano. Le pedí a mi mamá que me llevara a la academia de cerca de casa. Desde los 14 años, por la tarde iba a la academia y por las mañanas ayudaba a una señora en la tienda debajo de casa.

(J) En la radio, éramos sin reglas. Así nació la *Bruja Mensajera*. Las letanías de la Bruja eran la recopilación de todo lo que pasaba en el pueblo. Una vez, la radio tenía la amenaza de ser inundada por una represa. Llegué a articular un movimiento de 40 mil personas donde la radio jugó un papel primordial y logramos que se parara. ¡Cómo no

vas a ser transgresora con cosas como éstas! Pasa lo mismo con las leyes que hacen para regular los derechos de las mujeres, es que no podés quedarte allí sólo viendo. Hay que ser transgresora para tener vida propia.

(AI) Estar en la organización por un compromiso te implica hacer un montón de transgresiones en el camino. Durante el conflicto armado vinieron una serie de renunciaciones por motivos de seguridad, por la de tus amig@s y la de tu familia. Renunciaciones a verles y a que te vean, renunciaciones a tu nombre, hacés cambios físicos... y la más dura fue para con mis hijos.

(Am) Cuando tuve a mi segundo hijo terminé el bachillerato, a los 35 años. Psicología o educación física eran las dos carreras que yo tenía en mente. Todo el tiempo que he estado en España he trabajado con personas mayores y me he estado formando. En *Territorio Doméstico*⁵, una compañera psicóloga y profesora gestáltica, ofreció becas para su clase. «Amalia, ¿te interesa?» Dije sí. Eso ha sido un fenómeno en mi vida. He podido ir escarbando y limpiando todo lo que yo pensaba eran culpas mías, pero ahora pienso que son también transgresiones.

La migración, sus costes y los sueños

(J) Cuando sos migrante de repente estás en la economía sumergida, ¿y por qué no vas a ir a pegar cuatro gritos a una manifestación para reivindicar un derecho que tenés? Para tener un bienestar en tu trabajo y hasta por terapia. No tenemos más que el cuerpo para defendernos. A mí me gusta ir a las manis por dos cosas: por reivindicar y por transgredir. Cuando das un grito esa transgresión te abre, te libera y ese acto sólo lo puede hacer una cuando cree que es posible que se logre algo.

(AI) Una vez firmados los acuerdos de paz en El Salvador, de otra relación nacieron dos niñas; allí lo bueno. Lo malo es que fue una vida de renunciaciones también, por una relación de maltrato y violencia de 20 años, hasta el punto de que logro salir de eso a través de renunciar a vivir en mi país. Pero siento que todo esto me ha llevado a crecer un montón. Hoy disfruto caminando por las calles, por el parque, sin ninguna preocupación. De repente me doy cuenta de la sensación de libertad que estoy sintiendo. Yo desconocía esas sensaciones, porque antes todo era: «Tenés que ir a hacer».

(Am) A mi hija de 19 años le dije un día: «Nos vamos a ir». Me estaba asfixiando en mi país, en mi casa. Dejé a mi hijo varón de nueve años; recién hace tres años que lo traje, ya con 18. El reencuentro ha sido difícil, no es el mismo que tú añoras. Cuando estamos aquí y los hijos allá, estamos prácticamente venerándolos. Pero el tiempo pasa, no retrocede. Por mucho que estés en contacto por teléfono, que haya ido de visita, por mucho que des dinero o hables con él, el cariño se pierde cuando no se está cerca. Luego, cuando tratamos de recuperarlo, no es igual. 🌀

³ Secundaria.
⁴ Se refiere a la ligadura de trompas como método anticonceptivo.
⁵ Colectivo madrileño de trabajadoras domésticas y cuidados que se organizan para mejorar sus condiciones laborales.



Festival EMAROCK 2014 |
Saioa Gaubilunak

Tomar (también) el público

Leire López Ziluaga

¹ *Tomar el escenario. Un documental sobre presencias y ausencias de las mujeres en la música alternativa* (2013) es una película de Elena Idoate Ibáñez. Enlace: tomareleescenario.blogspot.com

El título del documental *Tomar el escenario*¹ me lleva persiguiendo desde que lo vi. Es un film que habla de la presencia y ausencia de las mujeres en la música y que reavivó una pregunta que me ha martilleado desde hace años: ¿por qué no hago un grupo si ésta es una de mis peleas? No lo sé, pero creo que toda la lucha feminista en torno a la música y, concretamente, en los conciertos, no comienza y termina en quién está sobre el escenario. La visibilidad es importante, pero, como siempre me ha tocado ser público hasta ahora, no quiero renunciar a ese espacio como espacio para ganar. Sí, tomar el escenario es importante, pero yo quiero tomar el público. Quiero que lo tomemos y quiero hacerlo en cada concierto al que vayamos.

El funcionamiento del público en los conciertos no es muy diferente al del resto de espacios. Los chicos son expansivos y hacen suya la mayor parte del lugar, especialmente las primeras filas, más especialmente cuando hay pogos; un poco como los niños en los patios de los colegios o como ocurre con los señores que se abren de piernas y te quitan parte de tu asiento en el transporte público.

El objetivo tiene que ser que el espacio donde se hace un concierto sea feminista, y no estoy segura de cómo es un espacio feminista, pero me parece bastante lógico que no sea igual que uno que no lo es. Me parece que, a veces, para justificarnos, hacemos piruetas teóricas para que algo que es igual a lo de siempre sea llamado feminista. ¿Qué es lo de (casi) siempre? Algunas ideas:

El escenario influye en lo que pasa debajo. El tipo de música que está sonando desde el escenario tiene que ver con la actitud de las personas que están escuchando. En un concierto de pop blandito (probablemente) no veremos pogos de machotes, pero (otra vez probablemente) rondarán por allí

El funcionamiento del público en los conciertos no es muy diferente al del resto de espacios. Los chicos son expansivos y hacen suya la mayor parte del lugar.

sensibles machos *indies*. ¿Quiere esto decir que hay estilos más machistas que otros? No, sino que en algunos de ellos las actitudes machistas se toman como parte performativa del

mismo. Podríamos cuestionarnos qué partes de las actitudes machistas que tenemos son parte de la performatividad del estilo musical y cuáles son parte de la cultura machista en la que vivimos. Del mismo modo, la actitud que tengan los grupos sobre el escenario condiciona la que se tiene debajo. Si las personas que están sobre el escenario se pasan el concierto haciendo el macho, es más fácil que las personas que estamos escuchando adoptemos la misma actitud. Y que haya o no mujeres, bolleras, personas trans sobre el escenario también afecta al público. Hace poco leí a una chica quejarse de que había mujeres que sólo iban a conciertos feministas o en los que tocan mujeres, como si eso significase que no les gusta la música. Pues no, probablemente son los únicos conciertos en los que se sienten a gusto como público.

Como he dicho, los hombres acostumbran a hacer suyo el espacio en los conciertos. Seguramente los pogos de machotes son el ejemplo más claro de esto. Los pogos son esos saltos, empujones, choques que se dan entre las personas que hay en un concierto, generalmente en primera fila, en principio, porque les apetece. Creo que dicen bastante de cómo se cuida la comunidad que está escuchando un concierto (que normalmente tiene que ver con unas formas aprendidas en una colectividad más amplia que la que participa en ese momento). Conozco gente que no quiere ni oír hablar de que existan, conozco gente para la que el problema no es que los pogos en general sean machotes en sus formas, sino que no haya mujeres participando. A mí no me molestan, siempre y cuando las mujeres, bolleras, trans, personas con diversidad

No me gusta que me empujen o me quiten de un sitio en la vida diaria si no hay algún tipo de consentimiento previo. Tampoco en los conciertos.

los conciertos. Y creo que cada concierto es una negociación sobre este tema. Y me surgen algunas preguntas más: ¿por qué los pogos se hacen en primera fila?, ¿qué relación jerárquica se establece ahí?

Los cuidados no son sólo importantes en un pogo. Cada unx tenemos que saber cuáles son nuestros privilegios en un concierto e intentar que afecten lo menos posible a las personas que tenemos alrededor. Si eres un tío, ¿por qué no te vas a la parte de atrás y dejas sitio a las personas que no acostumbran a tenerlo? Si eres más altx que la media, pregunta al resto si puede ver. Básicamente, renuncia a tus privilegios y recuerda que todas las personas somos vulnerables. Evidentemente, si tienes actitudes sexistas, lesbófobas, transfobas, homófobas, racistas, capacitistas, etc., te vas a la calle. A veces es una buena decisión salir a la calle por tu propio pie y pegarte las hostias por el camino a ti mismx, porque si lo dejas en nuestras manos puede ser mucho peor.

Creo que lxs organizadorxs de los conciertos tenemos mucho que decir en lo que pasa en eso que organizamos y que debemos actuar para crear espacios feministas. Por ejemplo, las organizadoras del festival feminista de música MEFSST de Zarautz repartieron un texto en el que se hacían algunas recomendaciones para que un concierto fuera más inclusivo. Entre otras cosas, el texto recordaba que a las mujeres también nos gusta estar en las primeras filas o se reivindicaba que los pogos se basaran en los cuidados.

Por resumir un poco: molaría que en los conciertos tuviéramos en cuenta en todo momento a las personas que tenemos alrededor. Que en los escenarios hubiera mujeres, bolleras, trans, tullidas... Que nos pensemos de manera crítica la performatividad que adoptamos con cada estilo de música. Que nos repensemos los pogos. Que sepamos qué privilegios tenemos cada unx en los conciertos y renunciemos a ellos; en este contexto, especialmente los tíos. Y que nos hagamos con las primeras filas, con las segundas, con las terceras, con las cuartas... Que vayamos a los conciertos a tomar lo que es nuestro. 🌀

funcional... podamos participar. Siempre y cuando haya cuidados y se tenga en cuenta al resto de personas que está en el concierto. Siempre que pueda decidir si quiero participar o no... No me gusta que me empujen o me quiten de un sitio en la vida diaria si no hay algún tipo de consentimiento previo. Tampoco en

La tensión entre el exceso individual y la tradición y la ley, fuente de beneficios y amenazas, ha garantizado el cambio y la estabilidad de las sociedades históricas.

Prometeo generalizado o la transgresión inútil

Santiago Alba Rico

La mitología griega –que es, de algún modo, la nuestra– identifica la idea de progreso y hasta la de civilización humana con una transgresión original. El héroe Prometeo, en efecto, compadecido de la vulnerabilidad de los seres humanos, roba a los dioses el fuego, gracias al cual nuestros antepasados lograron salir de la condición animal y, de algún modo, aspirar a la divinidad. Zeus, capo del Olimpo, impuso al ladrón uno de los típicos castigos circulares de la imaginación antigua: atado a una roca, debía sufrir eternamente el pico de hierro de un águila que devoraba una y otra vez sus entrañas.

El mito de Prometeo es un mito ambiguo. Podemos pensarlo, desde luego, como una exaltación de la audacia transgresora individual; pero podemos pensarlo también, con no menos legitimidad, como una victoria del conservadurismo social. Frente al mito, un ciudadano griego normal debía sentir una doble angustia y un doble alivio. Sentía miedo ante la idea del robo y, al mismo tiempo, horror ante la crueldad de los dioses. Pero sentía alivio ante el éxito de Prometeo y alivio asimismo ante la intervención punitiva de Zeus. En definitiva, los griegos vivían las transgresiones individuales, incluso si finalmente resultaban beneficiosas, como socialmente amenazadoras. Rendían homenaje, por así decirlo, al héroe que les había dado el fuego y a los dioses que habían hecho justicia. Esta tensión entre el exceso individual (la *hybris* griega) y la tradición y la ley, fuente de beneficios y amenazas, ha garantizado el cambio y la estabilidad de las sociedades históricas.

Una sociedad totalmente holística en la que la audacia transgresora quedara eliminada de raíz se diferenciaría poco de un organismo biológico puramente reproductivo (un panal de abejas, por ejemplo). Una sociedad compuesta sólo de transgresiones individuales imposibilitaría a un tiempo todo vínculo social y toda audacia individual.

No es extraño que romanticismo y capitalismo coincidieran en la exaltación de Prometeo. En plena *Revolución Industrial*, la idea de la rebelión individual suministró un mito regulador a las nuevas relaciones de mercado. Por un lado, la «rebeldía» es un concepto central de la ideología capitalista. De hecho, el capitalismo puede definirse como *una rebelión contra los límites*, contra todos los límites: los que impone la naturaleza (la finitud de los recursos) y los que imponen las instituciones y las leyes (que el libre mercado ha experimentado siempre como obstáculos en su camino). El progreso eterno e ininterrumpido, mito fundador del capitalismo aceptado también por el comunismo estalinista, aparece como un mecanismo prometeico integrado en el desarrollo mismo de la historia.

Si el capitalismo consiste en una rebelión contra los límites, la lucha contra el capitalismo debe consistir en una rebelión contra la rebelión.

Pero en el mito prometeico capitalista esta rebelión contra los límites debe ceñirse, por supuesto, al individuo. La idea de rebelión sólo es aceptable si no es colectiva. Como sabemos, el progresismo capitalista implicaba desde el principio la «disolución en el aire de todo lo sólido» y la «destrucción de los vínculos más sagrados», pero durante la época clásica, de acumulación material, los valores conservadores de las clases medias europeas jugaban aún un papel funcional, escarnecido desde fuera por el arte, la literatura y el sexo. Hoy, a principios del siglo XXI, cuando se ha consumado la mercantilización de todos los intercambios y la propia financiarización de la economía ha evaporado la riqueza concreta, nadie se escandalizaría con Baudelaire, Flaubert o Lautréamont. Por decirlo de algún modo, el mercado ha deglutido a las clases medias y con ellas también al arte, la literatura y el sexo. Las clases medias consumistas occidentales son hoy tan antipuritanas como lo fueron antaño las viejas aristocracias en sus castillos sadianos. La transgresión individual, más que una tentación, es una obligación económica: la apertura de nuevos mercados simbólicos junto a los ya reducidos mercados territoriales. Frente a este antipuritanismo normalizado, la reacción conservadora (de la periferia colonial, por ejemplo) es tan explicable como peligrosa.

Como bien recordaba el filósofo Günther Anders, el mercado no reconoce más que un derecho: el de las mercancías a ser compradas y ser vendidas. Y esta lógica, que abarca desde las cimas de las montañas a las yemas de los dedos, ha inducido la ilusión antropológica de que la transgresión misma, con independencia de su fundamento y de sus consecuencias, es positiva, progresista, liberadora. El *selfie* es el colofón tecnológico-consumista de esta dinámica de autoventa y autoconsumo que (hasta tal punto es transgresora) no hace diferencias entre enseñar las tetas y derribar las Torres Gemelas (el *selfie* más grandioso de la historia).

Debemos tener mucho cuidado, por tanto, con este tándem capitalista: rebelión individual. Si el capitalismo consiste en una rebelión contra los límites, la lucha contra el capitalismo debe consistir en una rebelión contra la rebelión. No se trata de admirar a Prometeo porque robó sino porque robó el fuego; es decir, porque se rebeló contra una ley injusta. Rebelarse contra la rebelión significa, pues, defender los límites; es decir, definir (que quiere decir lo mismo) qué podemos permitirnos y qué no, en términos ecológicos y éticos, y traducir el contenido en una ley relativamente justa. En el mejor de los mundos posibles, siempre habrá margen para transgresiones individuales ambiguas que mejorarán el mundo y, finalmente, las propias leyes, y ello contra la incomprensión inicial de las mayorías sociales.

Para recuperar la saludable y tonificante transgresión hay que acabar con el capitalismo, que ha convertido la transgresión en norma social. Pero si debemos rebelarnos contra el capitalismo porque él mismo es rebelión contra todos los límites, debemos rebelarnos también contra su carácter individual. La rebelión debe ser colectiva. La historia de la humanidad habría cambiado sin duda si, en lugar de Prometeo, los griegos y las griegas hubieran asaltado juntos el cielo, hubieran derrocado a los dioses y se hubieran repartido el fuego mediante un contrato social –que felizmente no habría hecho feliz a todo el mundo. 🌐

Más allá de antagonismos: saborear el comienzo de la maternidad feminista

Lorena Fioretti



Natalia Roca

«Se trata de eso que se experimenta más como sabor que como saber».

¿Y si ser feminista fuera autorizarnos a gozar como queremos y podemos en cada momento? ¿Y si ser feminista fuera asumir/soportar con el cuerpo el conflicto? Pero... ¿hay en realidad conflicto? Claro que sí, pues es en la maternidad –como en otros espacios de la vida de las mujeres– donde los estereotipos de género toman cuerpo de maneras (in)esperadas, donde los lugares comunes se multiplican por doquier, donde, quizás, el cuerpo y la vida siguen siendo un campo de batalla.

Del embarazo al parto

I

La feliz noticia (aunque la historia siempre comienza antes)

Atraso, test en casa, análisis, la confirmación de la «buena nueva», la obligación y el mandato de que debe ser el momento de máxima plenitud y felicidad de la mujer. Lo sorprendente es que esto no ocurre sólo en el discurso «tradicional» sino también en algunos de «los otros». Por ello, compartir la noticia junto a las sensaciones complejas que la acompañan, sólo es posible después de que podemos digerirla, saborearla, disfrutarla en la intimidad. Se trata también de una cuestión de tiempos, de los tiempos necesarios en la elaboración de este proceso. Proceso que también es colectivo pues sucede a través de esa red que hemos construido: que nos escucha sin juzgarnos, que acompaña el pensamiento abriendo horizontes inexistentes, ofreciendo palabras para aquello que aún no las tiene, riéndose con y de nosotras, donando sus experiencias no ya como modelos a seguir, sino como mundos a compartir.

II

¿Todo va bien?

Inseguridades, dudas, miedos, fantasías... inmensa necesidad de compañía y de cuidados, pero también de silencio y de distancia. Segura de que este momento se vive no sólo como se quiere, sino –y fundamentalmente– como se puede. Porque se trata de aquello que acompaña una verdadera experiencia en el sentido literal: la palabra latina *experientia* evoca, por una parte, un éxodo, un «salir de» e «ir hacia»; y por otra denota los campos de significados ligados a la palabra *periculum*, que señala el riesgo, la prueba, el elemento imponderable vinculado a todo contacto directo con lo desconocido. Dice Blanchot que sólo hay experiencia cuando está en juego algo radicalmente otro, es decir, en este caso, algo que estando en mi interior es siempre extranjero, un completo desconocido. Algo del orden de la hospitalidad ronda esta experiencia –y recordemos que hospitalidad conjuga en su etimología las palabras «huésped» (*hospes*) y «enemigo» (*hostis*). Así, esta experiencia a la que me veo expuesta es siempre compleja, (in)condicional, conflictiva, pero también, por momentos, absolutamente disfrutable y enriquecedora. Y quizás lo transgresor sea en este caso poder transitarla intentando despojarnos de los prejuicios con los que cargamos.

Y la experiencia es por definición intransferible ya que limita con las posibilidades de enunciar y comunicar aquello que se vive, eso que se experimenta más como *sabor* que como *saber* y que conduce a los límites de la razón y del discurso. Quizás la maternidad se ubique, en parte, también ahí: lejos de un juego voluntario entre ser y no ser, esta experiencia es un apremio y la manifestación de una urgencia que sucede en nueve meses.

III

Decisiones

Sí, después de que la idea se va haciendo cuerpo es necesario tomar decisiones en relación con algunas cuestiones: elegir obstetra, partera, el curso preparto al que queremos asistir (si queremos hacerlo), el hospital o parto domiciliario, exponernos o no a algunas de las intervenciones que la medicina occidental nos tiene destinadas, etc.

Decidir asumir esta libertad que emerge de un trasfondo de indeterminación e indecidibilidad como requisito fundamental de toda auténtica decisión, no equivale a la indecisión entre alternativas contrarias o consecuencias dispares; no significa tampoco la mera ausencia de una planificación racional ni una decisión azarosa carente de toda deliberación. La indecidibilidad no tiene lugar en el espacio de la intelectualidad abstracta sino que se ubica en esa zona silenciosa en la que se juega la experiencia. Ella marca la interrupción de la deliberación racional como un instante de locura previo a la decisión.

Como no sabemos, las experiencias de las otras nos ayudan a ir imaginariamente eligiendo el modo, sabemos que llegado el momento estas elecciones/decisiones nos ayudarán, nos habrán empoderado... pero también sabemos que se trata de parir, partir, dejar(se) ir hacia el parto.



Natalia Roca | www.nataliaroca.com

IV

El parto

Hay un plan previo: trabajo de parto en casa con partera, parto en el hospital con el obstetra. Propuesta a medio camino entre el desarrollo del saber occidental y el otro modelo: «el parto alternativo» que, en ocasiones, coincide con «la vuelta a lo natural». Vuelta siempre dudosa, pues se trata ya, a esta altura, de otra cosa. Si bien tiene que ver con el empoderamiento de las mujeres y la posibilidad de hacer del parto un proceso en el que seamos las protagonistas junto a los bebés, sabemos, al menos en Argentina, que también tiene que ver con la posibilidad del acceso al mismo, es decir, con la posibilidad en términos de saber, pero también económica. Por ello, el lema «el parto es nuestro» sólo es real si es un derecho para todas las mujeres que así lo deseen.

Y a pesar del plan, el parto –como cualquier otra experiencia de vida– siempre es distinto de cómo lo imaginamos, pues la sorpresa del dolor, las condiciones no previsibles del estado de nuestros cuerpos, lo contingente del momento, aparecen para recordarnos que hay cosas, ciertas intensidades, que insisten en señalarnos que también hay otras vías de acceso al saber. Y quizás lo transgresor en este caso sea vivir el encuentro sin romanticismos, con la certeza que dan los cuerpos en juego: pura verdad intransferible e imprevisible.

¿Y si la respuesta fueran las infinitas posibilidades que los cuerpos permiten? ¿No sería ya eso una apuesta feminista?

Somos las hijas de todas las brujas que nunca pudisteis quemar...

Las hijas, las nietas, las biznietas, las tataranietas, las sobrinas, cuñadas y suegras, las amigas y las vecinas, las maestras, las curanderas, las campesinas analfabetas, las *solteronas*, las casadas, viudas y divorciadas... De todas ellas aprendemos, con ellas venimos, sus vivencias nos acompañan... Somos de sus cuerpos, sus dolores, sus audacias, sus miedos, renunciás y valentías. Ellas son en nosotras; nosotras seremos en las que sigan. No habrá hoguera que nos pueda quemar.

I

En 1945, mientras ardían las últimas llamas de la guerra en el sur de Italia, la abuela decidió casarse. Meses después, mientras ardían los fuegos del carbón del fin de año, miraba por la ventana y deseaba esa fiesta de exorcismo que tenía prohibida porque era peligroso para el hijo por nacer; o eso le decían. Le tocaba la quietud del reposo que le impedía bailar al compás de la tarantela que se le colaba por los pies. Rodeada de ausencia, se bebió la tinaja entera de vino que algún descuidado había olvidado en el salón. Entre risas, y borracha de satisfacción, dio a luz al primer hijo, al primer nieto. Ebria de emoción, durmió abrazada a él, sintiendo su venganza de alcohol al ritmo del baile de fin de fiesta.

II

Ahora que la memoria la engaña, y llora porque no está su marido –si antes tampoco estaba nunca, abuela–, vuelve una y otra vez su cabeza al pozo. Al pozo del que, no se sabe cómo, consiguió salir. Quién diría que varios metros de pared vertical con agua al fondo son más fáciles de dejar atrás que un marido, tres hijas, y el-qué-dirán. Quizás por eso prefiere recordar el pozo. Porque consiguió escapar.

III

Cuando su marido llegaba borracho por las noches, ella lo empujaba para que cayera y le daba con la escoba. Al día siguiente, él no se acordaba de nada y decía: «me duele todo, parece que me molieron a palos».

IV

Mientras iba a clase de corte y confección fue escuchando palabras, inventando ganas de descubrir mundos, armando madejas de deseos.
–La costura es la memoria de las mujeres– le decían mientras ella pensaba que poco y nada tenía que ver con las telas, ni los hilos, ni las tradiciones del tejido.
Cuando terminó la escuela, contra todo pronóstico y mandato, no siguió cosiendo. Ni por dinero, ni por lxs hijxs que vendrían. Cruzó la calle, respiró y entró... Por primera vez alguien de su familia pisaba la universidad.
–No podía dejar que esos cuentos se desvanecieran– le dijo a la que atendía la mesa de inscripciones de la carrera de historia.

V

La abuela de mi madre que murió con 92 años y se llamaba Natividad, esperó 69 años a que su marido regresara de la guerra, éste nunca volvió. Una vez, mi bisabuela, visitó a una mujer que decían sabía del futuro, una quiromante. Nati

fue a la ciudad, de luto riguroso. Concertó una cita en casa de la vidente. Llevaba la última carta que había recibido del bisabuelo. Durante un día entero se ausentó de la casa, del burro, del hermano y de las tres hijas. Necesitaba saber el paradero de su marido, siempre había pensado que, como otros del pueblo, había conseguido montar en un tren de los de Rusia.

VI

Terminó de leer la última página de la novela *El hombre duplicado* de José Saramago y lo supo: la mujer con la que su madre se había quedado hablando después del paseo nocturno no era su «amiga», era la «amante». Le preguntó- afirmó cuando llegó a casa y, por suerte, no le mintió. Se abrazaron, le dijo que le daba vergüenza, le adelantó que acababan de dejarlo...
«Dejarlo» tras –calcula– casi 15 años de relación en que a ratos había estado casada. «Dejarlo», no sabe si por otros motivos también, pero desde luego que por miedo: a la reacción de sus hijos, a la de su ex-marido, a la de las vecinas, a la de la sociedad. Sintió una tristeza infinita por su madre, por la «amante»... por todas las mujeres. «Dejarlo»... ¿justo cuando se entera!
«Se abrazaron» como hacía tiempo que no lo habían hecho y se esfumó gran parte del enfado que sentía hacia su madre desde hacía años... ¿15 ó así? ¡Qué valiente había sido! ¡Qué lista, qué capaz de una vida duplicada!
«Le dijo que le daba vergüenza» y aparecieron nuevos enfados... con ella... consigo.

VII

El recuerdo se envuelve con las ensoñaciones de la infancia. Memorias dulcificadas, agarraderas para la cordura familiar, para la supervivencia. Los días de ir al campo y el vestido de flores de mis tías-abuelas, la foto sobre la máquina de coser. El bañador rosa y la abuela explicando emocionada quiénes eran esas gentes; tejiendo, así, los frágiles hilos que dan sentido a los apellidos.
Olvidar el presente navegando por las tardes de verano de la calle, llegar de la playa ya cenada y sacar con la abuela las sillas a la puerta, olvidar el miedo de esos días, el nudo en el estómago de la infancia y volver a recorrer los nombres y las caras de todas mis amigas, vecinos y niñas que también eran mi familia, no queríamos otra cosa que estar juntas y jugar. ¡Carlos, Celia, a cenar!

VIII

Conversación entre mi abuela y su cuñada esperando a que sus maridos llegaran a casa por la noche:
–Ay, ya es muy tarde. ¿Les pasaría algo?
–Bueno, anda, vamos a cenar que ya es hora, y si les pasó algo ya nos pillan con el estómago lleno.

IX

El primer «beso de madre» de mi abuela fue a su último hijo, el sexto. Puede que por eso fuera éste el que, años después, le animara a continuar con su transgresión interrumpida: estudiar. Demasiado tarde.

X

Dos madres. Dos padres. Tres abuelas. Tres países. Dos continentes. Tres nombres. Tres lenguas. Te va a tocar explicar muchas cosas, hija mía. E incluso, también, a veces, elegir. Y te va a doler. Te va a doler. Pero, quizás, tu suerte es ésa. Que podrás elegir. 🌀

Lo normal es divertirse

Ilustraciones de Bellón

